



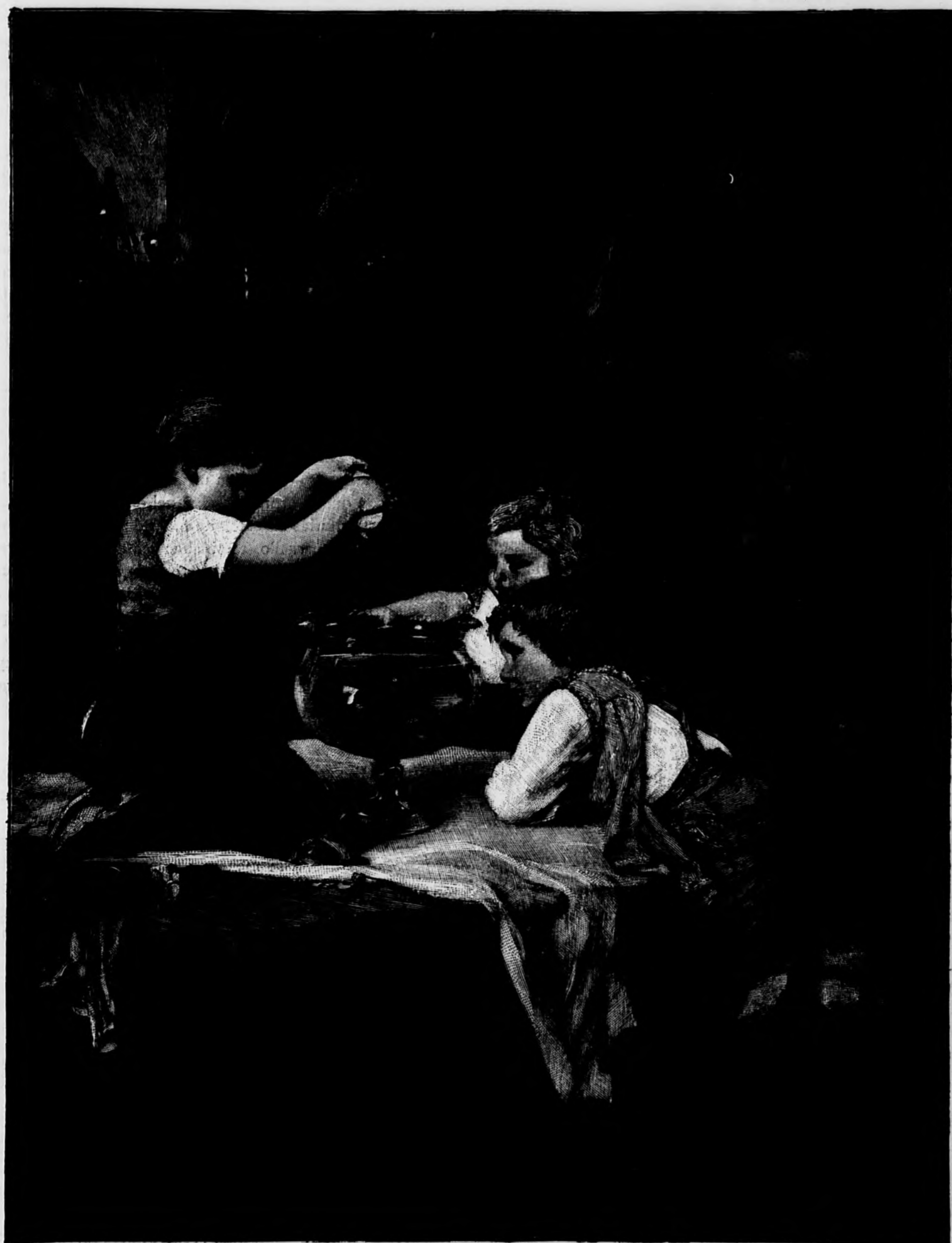
Ilustración quincenal.

Crónica DEL Sport

DIRECTOR
Adelardo Ortiz de Pinedo
Oficinas: Olmo, 4.

	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		
	TRES MESES	SEIS MESES	UN AÑO
Madrid.	6	11	20
Provincias.. . . .	8	15	25
Ultramar y Extranjero.	18	35	35

AÑO 1
Madrid, Noviembre de 1893
NÚMERO 22



SOLÍCITOS CUIDADOS



SUMARIO

TEXTO

Crónica de la quincena, por Rafael Camarón.—La fiesta hipica, por Antonio Guerra y Alarcón.—José Gartner, por Antonio Cánovas y Vallejo.—La ronda del Zorro, III, por A. Covarsi.—El Polo, por San Salas.—Chavala, por J. López-Valdemoro.—Las carreras de caballos en la segunda temporada del 93, por Necromancer.—Crónica del Sport: Caza, Carreras, Velocipedia, Regatas, etc., etc.—Nuestros grabados.—Una iniciación, por Pedro Groizard.—El Arte de la Esgrima, (continuación), por León Broutin.—Gibraltar: Resultado de las carreras de caballos celebradas en los días 14 y 17 de noviembre.—Anuncios.

ILUSTRACIONES

Solícitos cuidados, cuadro de Jordán, grabado de Jericke.—José Gartner, fotografiado del natural.—Costa Cantábrica y Paisaje de Toledo, cuadros de J. Gärtner, fotografiados de L. Romea y Compañía.—Un prisionero feliz, cuadro de Roberto Beischlag.—El couplet.—El cancan, dibujos de Harde.—Un duelo a muerte, dibujo de D. Berkeley.—Una mala pasada, historieta cómica de Pedro de Rojas, fotografiados de Angerer y Göschl.—El arte de la esgrima: Parada en cuarta baja, contestando con flechonada, dibujo del natural por M. Picolo, fotografiado de Páez.—Catorce cabezas, según acuarelas de Picolo, y multitud de alegorías de varios artistas, fotografiados de L. Romea y Compañía y de Laporta.

Cubierta en color.

Dibujo original de Picolo, fotografiado de Laporta.—Carnet del cazador.—Sección de anuncios.

CRÓNICA DE LA QUINCENA

Noches de Noviembre.—Tristezas.—En son de Crónica.—Triunfos de actrices.—Histórico.—El neoclasicismo y el naturalismo escénico.—«Casa de Baños».—Recuerdo.

UN montón de cuartillas se tienden en mi mesa formando un abanico contrahecho. Mi cerebro baraja cien cosas que pugno por embutir en los renglones de esta parrafada. Fuera, siento estremecerse una de estas noches frías de noviembre. Sus hielos me han penetrado hasta el corazón. Esas rachas de viento que se cuelan por las hendiduras de mi ventana, parecen, con sus ruidos, los ecos de mis impresiones melancólicas. Hoy, al salir de Fornos, de madrugada, he tropezado, al levantar el cortinón, con un niño arrebujado en sus harapos, hecho un ovillo, entre la cortina y una de las puertas del café. La noche se arrastra tiritando de frío por las calles; por el amplio salón, dorado, luminoso, aletea una atmósfera azulada, caliente... Aquel desgraciado ha ido á buscar el calor que disfrutan con inconsciente complacencia, los que risotean y cuchichean dentro; pero el abaniquero constante de la puerta, le roban aquellos soplos que llegan hasta él, tibios y reparadores como el aliento de cien madres. Está inmóvil, por todo abrigo una bufanda andrajosa con que se cubre á guisa de manta todo el cuerpo, que, ha procurado reducir al menor volumen, para que le proteja. Hay impresiones tan grandes que el espíritu anda por ellas sin encontrar salida. Un montón de cuartillas se tienden en mi mesa. Mi cerebro baraja cien cosas que pugno por embutir en los renglones de una Crónica. Fuera, siento estremecerse la noche. ¡Me acuerdo del pobre niño que ha entrado en Fornos á disfrutar calor... por razones, y á quien arrojarán despiadadamente. No tiene para pagar el calor que necesita su cuerpo para no morir bajo la escarcha de la noche. Después de todo, dirá un filósofo... con gabán de pieles, el caso es corriente como si la inmensa sucesión de las miserias humanas hubieran de rodar bajo la pluma indiferente!

¡Bah!... Y sigo sin poder evitarlo, dando vueltas á la misma idea. Se extiende por el papel que llamea bajo mis ojos. Estas ideas que van escritas me hacen inclinarme hacia ellas como si tirasen con hilos invisibles de mi cabeza.

Para escribir algo en son de crónica, alargó el brazo hacia un montón de periódicos de la quincena. ¡Melilla! ¡Melilla! por todas partes, como un augurio amenazador. *Hipótesis. Laureles para España. De mal en peor. La única solución...* ¡qué se yo, cuantas frases más encabezando las accidentadas efemérides de esta nueva desdicha!... Decididamente, ahora, no puedo menos de mirarlo todo al través de mis tristeza íntimas.

¡Pobres madres!
¡Pobres hijos!
¡Maldita sea la guerra!

que dijo en sentidos versos el inspirado poeta Castillo y Soriano.



Y... va de impresiones. Honda, intensa, la que causó la Reiter en el papel de Ofelia—la más poética de las enamoradas.—No he visto á la Ristori y cien actrices más, de quienes hay memoria. Juzgo aisladamente, devolviendo al papel la sensación recibida. En la escena de la locura, suavemente triste como los extravíos de los ensueños melancólicos, la ví articular de un modo mágico aquellas palabras que suben, una á una, como partículas de un corazón, desde el fondo del mar de la desgracia lleno de amarguras. Emilio Castelar no perdía un gesto de la actriz italiana, y al concluir la escena, aplaudía con entusiasmo. La Pardo Bazán aplaudió también; á su admiración por el famoso drama—lo último á que puede llegar el espíritu humano, según le oí decir—se unía la feliz interpretación de Ofelia, ya de suyo cautivadora creación del genio, y aquel final de carcajadas sollozantes que conmovió al público, provocando en él intensa sugestión.

Recordaba, yo, entonces, un caso ocurrido en el antiguo teatro de la plaza del Rey, y que sabía por referencia. Se representaba *El trapero de Madrid*. Tomaba parte lo más escogido del plantel de buenos actores, que fueron orgullo de aquella escena. La ejecución era notable. Cuando el público electrizado seguía, sin perder uno, los movimientos de los personajes, al ver que suben á la buhardilla del trapero á robarle un niño—que prohijó, si recuerdo—mientras él curioseaba ávido una cartera que ha encontrado husmeando en la basura, sale una voz de la *ignominia*—que decía el que se lo oí contar—y... ¡Que sube, que sube! grita avisando al trapero.

¡Qué de bellezas perdidas ó adulteradas á seguir el neoclasicismo alemán en el teatro, nacido en el de Weimar bajo los auspicios de Goethe; el neoclasicismo escénico, del todo opuesto á las modernas corrientes del naturalismo, presentidas por Talma y su discípulo Larive—en Francia,—de quien un autor ruso dice ser tal la manera y verdad con que interpretaba el papel de Edipo, que cuando perseguido por las furias se precipita fuera de la escena dando con la cabeza contra el peristilo, temblaban las columnas y arrancaba un ¡ay! general en el auditorio;—puesto en práctica por primera vez, en Inglaterra, por el célebre Garrick, genial intérprete del teatro Shakespeariano, por Felipe Kemble, el artista aristócrata, por Keau, tan apasionado como borracho; y, finalmente, enseñados en Alemania por Schroeder, defensor de la *verdad* del carácter, cuyos trabajos fueron al traste con las candideces de las «Reglas para actores» de Goethe...

¡Velay! Escoge que escoge, me quedo con la *Casa de Baños*—juguete cómico de D. Enrique Gaspar,—y no le doy, á trueque, por *Huelga de Hijos*—obra de más fuste y hasta con su tesis.

A aquélla me atengo, y, no porque desdeñe ciertos psicologismos escénicos que, á la manera moderna, han desarrollado á las mil maravillas, principalmente autores franceses;... pero, por esta vez, allá me voy con mis plácemes, al *balneario* recién inaugurado en Lara, á bañarme en la *gracia*, que fluye abundante por entre las intrincadas peripecias de la obra.

Ya barrunté en el primer acto de *Huelga de Hijos*, eso que han dado en llamar *vis cómica*—en el buen sentido de la frase,—porque en cuanto á otras... ¡guarda Pablo! Un humorismo ligero que se caza al vuelo y se ríe con espontaneidad, salta del diálogo, de los caracteres y de las situaciones...

Enrique Gaspar es un escritor culto, y lo demuestra en su *Casa de Baños*. ¡Cuidado si la *cogen* los aficionados á los verdos teatrales!

María del Pilar Sinués ha muerto.

Esta revista consagra un recuerdo á la conocida escritora.

RAFAEL CAMARÓN



LA FIESTA HÍPICA

TIENE Madrid una época del año deliciosa, encantadora, y en esta época nada comparable á sus melancólicas tardes, con sus campos solitarios, que amarillean y mueren, sus brumas en el horizonte, sus nubes en el espacio, sus bandadas de emigrantes golondrinas en los aires, sus hojas secas y sus flores pálidas y marchitas que helaron los cierzos precursores del achacos invierno.

En una de esas tardes, espléndida, por cierto, de cielo diáfano y sereno, sol brillante, temperatura tibia, aire templado, el Hipódromo madrileño presenta un hermoso golpe de vista. Unid á los encantos de la luz los deleites del perfume, á la satisfacción que produce la realidad, las delicias del sueño, haced que un público especial lo llene todo, y tendréis una idea aproximada de lo que es aquel amplio recinto en tarde de carreras. En los asientos de las tribunas, próximas á la regia, las damas de la aristocracia ostentan sus *toilettes* más ricas y llamativas; la seda se mezcla con el raso, con la faya, y sobre los trajes claros se destacan adornos vistosos que realzan la hermosura; joyas y flores, fulguraciones de colores brillantes que parecen cogidos al azar de la paleta de un pintor. Los mozalvetes madrileños de jaquete, rodeado el torso por la correa que sujeta los gemelos, van y vienen de la tribuna de libre circulación al *pesage*, sonriendo á las mujeres y examinando los caballos, interesándose por el que su pretenciosa inteligencia considera como futuro vencedor.

La nobleza castellana, los príncipes del dinero, los aristócratas de nombre y de fortuna; en una palabra, toda la *high-life* madrileña que se apasiona por el *sport* está allí reunida.

En los montículos de los alrededores, llamado el palco de los sastres, la multitud, sin pretensiones á la elegancia ó sin dinero para pagar la entrada, unos tumbados boca abajo, otros con los pies al aire, sigue las peripecias de la carrera, impacientándose, murmurando de la diversión y aburriéndose.

Los *bookmakers* ofrecen los caballos á tres contra uno, á igualdad, á pérdida el favorito, y los que se interesan en el juego corren á arriesgar su dinero, mientras el juez de llegada ocupa su sitio enfrente del poste que indica el término de la carrera y que sostiene un disco dividido por una línea negra para que sirva de punto de mira al pasar el caballo victorioso. El *starter* va á dar la señal de la salida, y todas las miradas se dirigen hacia un mismo punto de la pista, donde se van poniendo de frente los caballos montados por los diminutos *jockeys* que ostentan los colores de las cuadras respectivas de sus monturas: casaca azul, blanca, rayada lila y crema, mangas y toca rojas, cereza, negras y el calzón blanco de punto que entra en la polaina corta de cuero negro. La vista del caballo favorito excita una viva curiosidad, y en verdad que lo merece. Recién salido del *box*, donde estuvo mientras duró su *entraînement*, pisa por primera vez la pista del hipó-

dromo. Alazán claro, todo nervios y músculos, en las líneas de su cuerpo se leen las cualidades distintivas del *pur-sang*, el caballo de carreras por excelencia; la velocidad y la fuerza la denotan su cuello largo, estirado, fino; su espalda enorme y de una oblicuidad notable; el pecho más profundo y más ancho que el de un caballo árabe, para que tenga cómodamente el corazón y los pulmones; las piernas no muy largas, pero finas, nerviosas; la corba elástica; la pezuña ancha y de aplomo sobre el suelo.

El *starter* baja la bandera y el suelo se estremece rebotando bajo los pies de los caballos, que se lanzan todos con vertiginosa rapidez por ante el público de las tribunas y del *stand*. A la primera vuelta de la pista ya quedan algunos rezagados, y un grupo de tres caballos, entre los que va el favorito, toma la cabeza, disparados como flechas, recorriendo el espacio antes que la vista haya abrazado los límites: los árboles, las zanjas, los espectadores no tienen para los *jockeys* solución de continuidad: son unas líneas enlazadas que parecen girar furiosamente, tal es la prontitud con que se reflejan y se reemplazan unas á otras en la retina deslumbrada por la velocidad de la carrera. Uno de los caballos ha hecho hasta allí el juego del favorito, que sin adelantarse conserva el puesto que tomó á la salida. Y mientras los demás, jadeantes, cubiertos de sudor, á punto de perder la respiración, intentan el postrer esfuerzo á la vista de la meta, el *jockey* que monta el favorito, erguido sobre los estribos, sosteniéndose por un milagro de equilibrio, levantado en alto el látigo, suelta la rienda al noble animal, que al sentirse libre parte como un rayo con la velocidad del pensamiento. Llega el momento que ha de decidir de la victoria, que sólo un caballo disputa ya al favorito: los *jockeys*, agachados sobre el cuello de sus monturas, clavan con furia las espuelas en los flancos, de que se desprende un vaho denso, y animan con la voz y con el gesto á los caballos, cuyos ojos parecen salirse de las órbitas por la violencia del esfuerzo, y cuya boca rodea una espuma blanca, candente, que la lengua empuja hacia afuera.

—¡El blanco gana: lleva un cuerpo de caballo de ventaja!

—¡Ya le toma la delantera el favorito!

—¡El blanco!

—No, ¡el encarnado!

Al llegar el favorito á la meta es saludado por los frenéticos ¡hurra! de la concurrencia entusiasmada y seducida.

Mientras se hacen los preparativos de la siguiente carrera de obstáculos, y se comentan las peripecias de la victoria alcanzada por el favorito, la aristocrática reunión se dispone en las tribunas y abajo en los coches descubiertos al delicado *lunch*. Se oyen á intervalos pequeñas detonaciones producidas por el tapón que salta de las botellas de champagne, impelido por la expansión del ácido carbónico, y las aristocráticas mandíbulas trituran á compás los finos manjares; y allá, en el palco de los sastres, el público vuelve á esperar media hora entre bostezos y diálogos del tenor siguiente:

—¿Y qué son, qué hacen, cuál es la misión de esos *handicappers*?

Porque al leer en el programa los nombres de los que ejercen ese cargo, los curiosos suponían, que éste debe ser importante.

Otro espectador les saca de dudas con su luminosa explicación.

—Miren ustedes—les decía—en las carreras se procura igualar las condiciones de los caballos. Cada caballo tiene hechos más ó menos gloriosos. Unos han ganado premios y otros no. Pues bien; con objeto de que el caballo que tiene reconocida ventaja sobre los otros la pierda, se le echa peso encima. Los *handicappers* son los que deciden qué número de libras debe aumentarse á cada caballo.

—¿Y si el caballo vence con ese número de libras?

—Se le aumentarán en las carreras sucesivas.

—¿Hasta que no corra?

—Sí, señor.

—Hombre, eso es lo mismo que si para probar que un hombre útil de los pies corre más que un cojo, le obligasen á correr con muletas.

Carrera tras carrera y emoción tras emoción, acaban así de cruzar por la pista todos los caballos, incluso los de la de obstáculos, hasta que el postrimer rayo de luz del sol poniente, vibra en aquel suspiro de la tarde, anunciando la hora de la dispersión. Entonces uno tras otro van desfilando por la Castellana los vehículos y carruajes de todas clases que llevaron la concurrencia. El desfile es á las carreras lo que el paseo de la cuadrilla es á las corridas de toros. Una elegante carretela pasa al trote largo de cuatro potros briosos, guiado el tiro delantero por un caballero ataviado en *jockey*, la peluca empolvada, mostrando su destreza de consumado jinete en los saltos acompasados que da sobre la silla, mientras que, majestuoso en el pescante, engalanado con el airoso traje de postillón, un atlético cochero sostiene las riendas haciendo restallar el látigo. Detrás sigue un *mail coach*, guiado por hábil y entendido sportman. Las mujeres, sentadas sobre las banquetas superiores, forman un conjunto alegre con los tonos multicolores de sus trajes claros, semejante á un canastillo de flores de lozana frescura, que dejan al pasar suaves aromas. Carretelas de doble suspensión, forradas de raso blanco ó azul claro, jardineras de gala al estilo andaluz, *breacks* enormes, *tilburys* ligeros, *phaetons* amarillos, circulan por la ancha vía produciendo un ruido ensordecedor, y por los paseos laterales vaga, con paso perezoso, gentío inmenso de desocupados, familias de empleados, muchachas casaderas, la juventud dorada, á cuyo alrededor aletea zumbido de colmena producido por la risa entrecortada y alegre como notas escapadas de un violín, el diálogo, interrumpido, el saludo discreto, la frase de buen tono, la seña disimulada; todo, formando un conjunto lleno de color y de vida, como si anduvieran sueltos en el aire los genios de la alegría, presta su concurso, al alma de las carreras de caballos, que es en Madrid, sin género alguno de duda, el desfile.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN





JOSÉ GÄRTNER

Pocos, muy pocos serán los que no conozcan al renombrado pintor malagueño, ó alguna de sus más celebradas obras.

Esta popularidad, que el mérito lleva consigo, nos ahorra el trabajo de escribir una biografía del artista, ó un catálogo de las producciones que creó.

Todos los ardores de su envidiable juventud los aplicó á estudiar con empeño la naturaleza, no titubeando en desafiar el rigor de los elementos y arrostrando por pintar del natural, desde los insufribles fríos de la costa de Jersey, hasta los insoportables calores de la playa de Málaga. En Jersey, envuelto en mantas, sin descubrir de la cara más que los ojos, tiritando, como es natural que tirite un malagueño sometido á 10 grados bajo cero, las manos enguantadas, jugándose la vida por amor al arte, copió los riscos y acantilados que pudimos admirar en *La Invencible* de la última Exposición Nacional. En Málaga, jadeante, ahogado por un calor que es impotente á mitigar la brisa del Mediterráneo, con tan escasa ropa, que más parece va á bañarse que á pintar, Gärtner estudia las tranquilas marismas en calma, llenas de poesía y de luz, que siempre constituyeron su especialidad.

Repróchanle algunos, con harta injusticia, la persistencia con que frecuenta el trato de la alta sociedad. Los que así opinan, sosteniendo el erróneo tipo de artista sucio con melenas, ignoran la vida activa que el joven pintor lleva. Gärtner cree, y cree bien, que no estorba lo cortés á lo valiente, ni lo fino y bien educado á lo buen pintor. Y en esta creencia, no es raro verle bailando un vals á las diez de la noche, media hora después de llegar á Madrid de Toledo, en donde ha pasado más de dos meses tomando apuntes, y enterarse, al día siguiente, de que ha vuelto á exponerse á unas ter-

cianas, pintando la caída de la tarde á orillas del Tajo.

Consecuencia lógica de sus gustos y de su afición á la verdad en el arte, son la suprema distinción que caracteriza á sus obras y la



JOSÉ GÄRTNER

exactitud de paisajes y marinas que reproduce.

Porque, aunque la palabra cursi no se haya aún empleado en la pintura, es evidente que así como individuos y familias cursis, hay pintores y marinas cursis. ¡Cuántas veces se ven por esos escaparates marinas bien pintadas, estudiadas con esmero, hechas con

la mejor intención, pero cursis!... El mar y el cielo se tiñen á veces de colorines ridículos que es absurdo copiar; las líneas de una composición cualquiera, de un grupo de barcas ó un trozo de playa pueden ser muy verdaderas y, sin embargo, resultan deplorables; los asuntos mismos, no todos son dignos de ser imitados con el pincel, y hay quien, sin distinguir, pinta cuanto ve, olvidándose de que si el arte necesita ser verdad, no menos indispensable es que su finalidad resulte la producción de la belleza. El desnudo de una vieja ulcerada y en carne viva, puede ser muy verdad y nunca será bello, y yo, por lo que á mí respecta, aunque sea obra de Pradilla ó Moreno Carbonero, desde ahora se lo regalo á mi mayor enemigo para que, como adorno, lo cuelgue en su sala.

Pues bien; Gärtner posee ese don especial de saber escoger, y sobre las condiciones que hacen valiosas sus obras, destaca siempre la de la elegancia. Ni una de sus marinas es cursi. Podrá haber en ellas el movimiento de una deshecha borrasca que escupe la espuma blanca de las olas encrespadas sobre un cielo plumizo y amenazador, podrá haber, por el contrario, el apacible espectáculo de un crepúsculo reflejando sus vislumbres amarillentos sobre el inalterable espejo que las inmóviles aguas forman; pero, en calma ó en tempestad, siempre la entonación será atractiva, siempre la composición distinguida, siempre el conjunto simpático, siempre la belleza, compañera inseparable de la más estricta verdad.

Así pinta Gärtner.

Así se ha hecho una reputación y así sobre su frente, aún joven, lleva ya laureles que otros no consiguieron ceñir ni aun cuando las arrugas y las canas eran pregoneras del caso triste de su vida.

ANTONIO CÁNOVAS Y VALLEJO



J. Gärtner.—COSTA CANTÁBRICA



LA RONDA DEL ZORRO

RELATOS DE CAZA

III

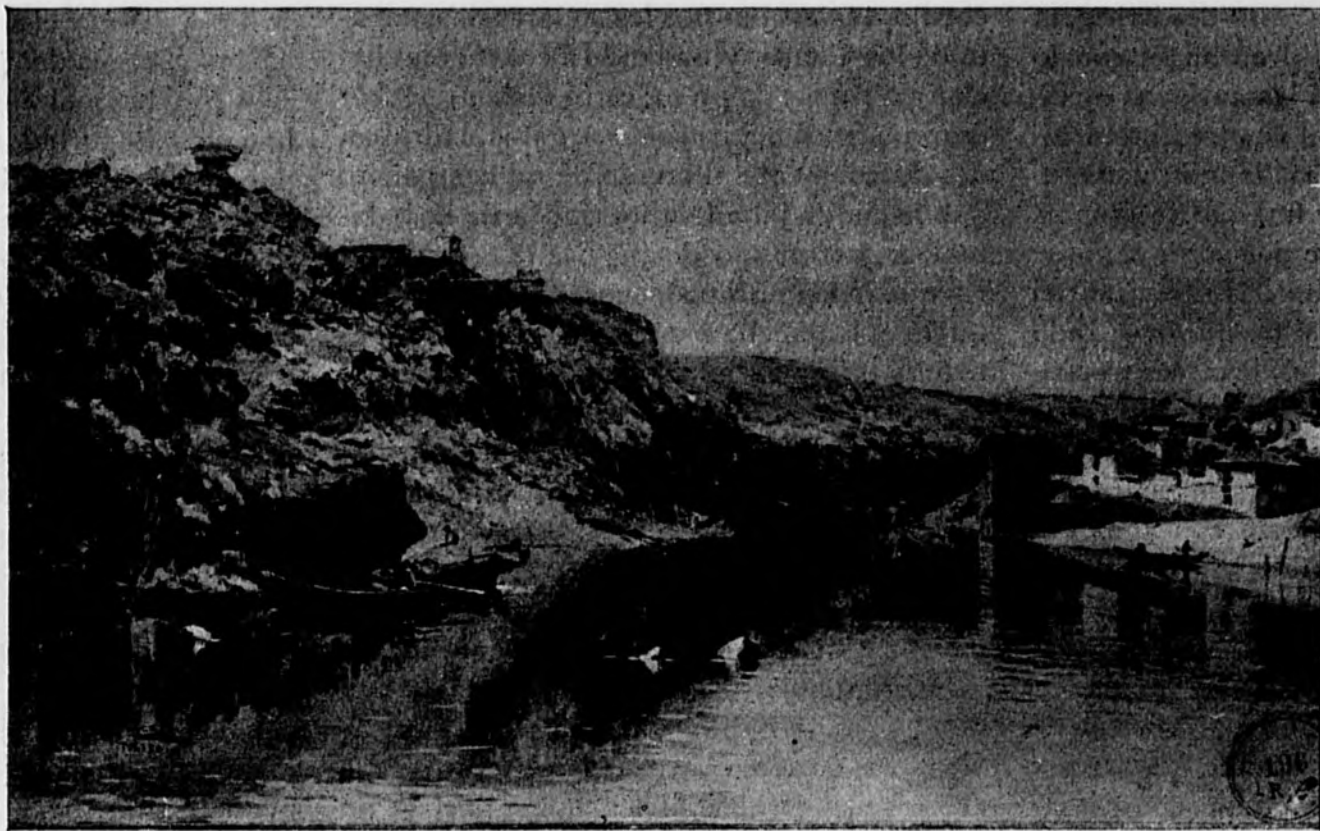
A poco de ausentarse el padre cura camino de Cordobilla y de quedar tranquilo el perrero andaluz, llamó el «Volante» á larga distancia, en la ribera del Luriana, y reforzada la llamada con «Piloto» y otros perros, en seguida, acosado en firme, pronto hizo frente y fué agarrado al opuesto lado de la ribera. Partimos al agarre, pero me extrañó mucho que mi compañero el gordito corriese á todo escape por la izquierda, siendo por nuestro frente por donde oíamos la brega. Yo seguía por derecho á galope, cuando de pronto se paró en firme mi caballo; nada ví que motivase la detención. Le corrí las espuelas, y permaneció inmóvil. Sospeché que tenía delante algún peligro que la obscuridad de la noche no me permitía ver, pero como los perros no cesaban de regruñir y quejarse á unos cien pasos, heridos por el jabalí, guíé el caballo á la derecha, volví á picarle, y entonces rompió marcha por una rampa muy rápida, junto á un zarzal que me arañó toda la cara; caí al hoyo con el caballo en pie, y procuré dirigirle hacia el lugar donde se oía la zambra de los perros; trabajo inútil, porque tenía delante una barranca de tres metros de altura imposible de franquear. Corrí á la derecha y á la izquierda, achuché al bruto, cuya cabeza tropezaba siempre en la barranca, y, ya desesperado, me tiré al suelo y subí gateando, no sé cómo, pero subí y llegué al agarre en ocasión de haber matado ya mi amigo al jabalí. Sabía el alegre y satisfecho Gordo de un buen paso de la ribera para salvar la barranca ó cauce del río, y á mí me dejó seguir por terrenos que desconocía. No fué mala la que me jugó, pero juré vengarme, y mordiéndome los labios de coraje, volví á buscar á mi caballo. No fué poco el trabajo que costó dar con él, teniendo que bajar al barranco á la luz de la linterna, y pudimos conseguir sacarlo por una salida río abajo que había á unos 500 metros de donde nos hallábamos.

Reconocida la recoba, se encontraron dos perros heridos, el «Terrible» y el alano «Sultán», que se mandaron al cortijo con el jabalí muerto. Seguimos ribera abajo la ronda, sin que volviéramos á tener llamada alguna hasta el amanecer que llamó un perro á muy larga distancia de nosotros. Salieron los alanos como rayos, y nos detuvimos á escuchar la escena en el silencio de la noche. Al oír

cómo los perros se remordían con el jabalí, señal de que éste les hacía frente, partimos al trote, parándonos á veces para escuchar, y así seguimos hasta situarnos á unos 500 pasos del sitio en que aquéllos capeaban el cerdoso; allí silenciosos escuchábamos la música inimitable de los perros, cuando los podencos perdían al jabalí al jugarles una escapada, cuando un perro propio le sacaba la escapada, y diciendo cada cual de nosotros, en silencio, pero temblando los pies en los estribos por la impaciencia: —«Ya lo perdieron. — Ya lo rehalló el perro tal, mío. — No, que ha sido cual. — Ya lo volvieron á perder. — Les jugó otra escapada. — Ya lo rehalló el otro....» Esto ocurría en una mancha fuerte que teníamos delante, y era forzoso permanecer en silencio, porque si el jabalí oye la

largos, todos llamando en firme, y acto continuo oímos el agarre del jabalí por los alanos. — Ya está.... gritó mi compañero. Y aquí fué Troya: con nuestra impaciencia de quince minutos de silencio y de agonía y de parada forzosa, corrimos espuelas á los caballos, que no lo necesitaban por estar tan ardorosos é impacientes como los cazadores, y salimos á escape sin temor de estrellarnos. De súbito hicieron una parada en firme y quedaron inmóviles: la obscuridad de la noche no nos permitía ver delante de los caballos más que una superficie plana, á la luz del alba, blanquecina. Más impaciente que yo, mi compañero dijo: «¡Pical!» y corrió espuelas; pero yo, que tenía muy reciente la caída al cauce del Luriana y aún me escocían los arañazos en la cara, no imité los ardores

de mi amigo y tuve muy en cuenta el instinto de los caballos, y esto en mi inusitada calma me salvó de otro mal paso. Meter espuelas mi compañero, desaparecer con su caballo de mi vista y ver en su lugar levantarse ante mí densa columna de agua, como la que levanta el disparo de un cartucho de dinamita en un río, fué todo obra de un instante. Caballo y caballero habían caído en una gran charca del cauce de la ribera, que, cubierta con esas anchurosas hojas que en dicha época se adaptan á la superficie, velaban con



J. Götner.—PAISAJE DE TOLEDO
(Propiedad de S. M. la Reina Regente).

más leve voz, el más ligero ruido que le indicaba la presencia del hombre, entonces rompe la parada para no detenerse aunque se lo coman los perros en la huida. El jabalí se envalentona mucho de noche contra los perros y todo animal que le ataca, y aun cuando se reunan muchos lobos en su contra, se defiende admirablemente siendo un buen macho de seis años en adelante; lucha á veces en retirada, á veces atacando con gran valentía, dejando bastantes enemigos fuera de combate, lo mismo á perros que á lobos, pero con los cazadores no quiere cuentas y huye sin detenerlo nadie en cuanto oye la voz del hombre ó las pisadas de un caballo.

En aquel cuarto de hora, que nos pareció cuarto de siglo, ¡qué de emociones agradables! ¡qué de impresiones desesperantes al transcurrir un rato sin que los perros le sacasen la escapada al jabalí! Estábamos sobre la silla del caballo, ciegos de coraje unas veces, radiantes de alegría otras, atravesando siempre uno de esos períodos de la caza en que se goza y se sufre como nunca.

Por fin mi buen «Montero» volvió á llamar de parada; fué reforzado acto continuo por casi todos los demás, que no andaban muy

la obscuridad el azogado brillo de las aguas. Era la charca de gran profundidad y de unos ocho metros de anchura, pero el agua estaba á nivel del prado que pisábamos formando barranca.

No tardó el caballo en ponerse á nado, conduciendo á cuestas al azorado jinete y procurando con su admirable instinto ganar la orilla donde yo estaba; pero como según ya he dicho, formaba barranca, con mucho fondo en la orilla, no podía salvarla y seguía nadando buscando una fácil salida. En esto llegaron mi perrero y su criado, y siguiendo charco arriba encontramos un paso por el que procuró salir del agua mi amigo, y yo sin esperar á esto, corrí á matar al jabalí que tenían apresado los perros, á cambio de varias puñaladas de poca importancia.

Imagínense mis lectores como se exhibiría á nuestros ojos aquel obeso centauro, mezcla de tritón y cazador. El Neptuno del Prado de Madrid no arroja más agua que chorreaban sus ropas, yo me reía de veras y él no rabiaba de chanzas, y subía de punto su desesperación cuando le recordé como él se regodeaba al ocurrirme á mí el otro percance.

Para proveer á las necesidades del náufra-



go, nos encaminamos á la choza de una próxima majada, donde oíamos ladrar mastines, y en ella hubo de pasar los mayores apuros nuestro buen señor, porque la ropa de muda (que siempre llevamos) iba en las alforjas del caballo, y sólo podía utilizarse á modo de esponja de limpieza, para lo que después diré, y además porque la mía tampoco le servía, porque no puede servir la ropa de un hombre enjuto de carnes, como yo, á un archigordón como él. No tuvo, pues, más remedio que echar al campo á la pastora para no ofender su bucólico pudor, cuando mi remojado anigo trocó sus ropas por el traje de Adam, y se enfundó en una camiseta mía, que, sirviéndole nada más que para un brazo, por ser de punto, hubo de servirle para su hanchurosa humanidad, quedando como morcilla á punto de reventar. Y para mayores desdichas, la camiseta sólo le llegaba al ombligo, con lo que le fué forzoso imitar á las antiguas esclavas manumitidas, en lo del vientre libre. Probóse después otras prendas blancas, y ninguna le servía, teniendo, en fin, que resignarse á envolverse en mi capote y esperar á que se secara su ropa en la lumbre. No terminaron aun aquí sus sufrimientos; porque deseando yo evitarle una enfermedad, le ofrecí y aceptó unas friegas de aguardiente que yo llevaba para beber, que con ser anisado y dulzón le pusieron los criados el cuerpo en confitura. Fué preciso lavarle de nuevo con agua caliente para quitarle el almíbar y privar de un festín á las moscas que se lo comían. Durante todas estas operaciones de cocina, nos desternillábamos de risa; pues aparte de lo que en sí tenían de cómicas, el andaluz insistía en que todo lo que venía ocurriendo era *por mor del zorro*, y el criado de la víctima se lo cargaba en cuenta á la aparición del cura montero y montaraz.

Descansamos un rato en la choza mientras se secaba la ropa, y á las ocho de la mañana despertamos para marchar al cortijo, en donde ya estaba el rancho desde la tarde anterior. Mi amigo, después de haber hecho de *Mata-tías* el Ministro de la reina salvaje en la majada, confitado luego, fregado después, y ya seco, estaba más jovial, bien que le molestaba aun lo pegajoso de la ropa en algunas de las partes principales de su individuo. El perro Antonio me contó en el camino la escena de sacarle á flote, que debió ser peregrina. — *Mie osté*, D. Antonio — me decía — en mi *vía he pasao má fatigas que pa sacar á aquel señó*; pesaba más que *unballenato*, y cuando tocó tierra, resoplaba como una *colomatora* cuesta arriba. Hubo que sacarlo como los gallegos *probes* sacan la morcilla de la olla, tirando de un cordel.....!!

Llegamos felizmente al cortijo donde después de tomar un buen vaso de leche, nos acostamos á descansar hasta la hora de comer. Lista la comida, lo hicimos bastante bien y como el día anterior yo no había podido cerrar los ojos, con la llegada del vaquero ó guarda y las monterías que relataban cura y andaluz ladrando, chillando y armando aquel escándalo, confiado en poder dormir otro ratito, me volví á la cama tranquilamente. Mi ami-

go el centauro, acariciando diabólica idea, no quiso acostarse, de lo que mucho me alegré, porque sus ronquidos, parecidos á lejana tempestad, me despertaban con frecuencia.

No hacía muy bien media hora que me había dormido, cuando fuí despertado por una gran algazara que sonaba en la cocina de la casa, y mal humorado acudí allá con ánimo de ponerlos á todos como se merecían por falta de consideración.

Grande fué mi extrañeza, cuando ví que los que movían aquel tal ruido de voces y risotadas eran los criados, y que el primero que tomaba parte en aquel jaleo era mi compañero de expedición, que, cabalgando en una silla, se encontraba cazando un jabalí en plena cocina.

Mi perrero el andaluz y otro criado del cortijo, tenían puestos los collares de combate de los alanos, y andando á cuatro pies hacían de perros de presa; otros mozos de labor eran podencos, y, puestos á gatas, ladraban desaforadamente al criado de mi compañero que hacía de jabalí en un rincón de la habitación, y tratando de jugarle la escapada á los que hacían de podencos, tiraba derrotes terribles á derecha é izquierda huyendo cuanto le permitía su molesta posición, haciendo un ruido espantoso con sus bufidos, el latir de los podencos, muebles que rodaban y el Gordo que gritaba animando á la jauría.

Como ví á mi amigo presidiendo el desorden, quedé en la puerta esperando el resultado de aquel simulacro, que tenía visos de ser una entruchada de remojado cazador.

No tardé mucho en ver el desenlace: el que hacía de cochino, quedó por fin defendiéndose dando cabezadas á modo de las acometidas de los jabalíes, que á más de un podenco improvisado le valió brotarle sangre de las narices: una vez parado en firme el que hacía de guarro, cargaron los alanos y se agarró cada uno á la oreja que de antemano se habían señalado, costándoles no poco trabajo, porque los collares les tapaban hasta las narices: inmediatamente soltaron poniéndose de pie: el andaluz miraba á su compañero de collera con los ojos muy abiertos, y el otro, haciendo muecas y ascos, se llevó ambas manos á la boca, después á las narices, y echando un taco más redondo que una bala y alargando el cuello como un galápago por encima del collar, largó un chorro de vómitos que puso á metro y medio del suelo, en la pared de enfrente, cogiendo por delante la cabeza del andaluz que no esperaba tal descarga, y que como un bobo observaba en el otro alano los efectos de su obra.

Por largo rato, aquello fué una corrida de toros; cada cual se metió donde pudo huyendo de aquel ballenato que todo lo inundaba con el surtidor que por espacio de algunos minutos fué su boca, que con el collar que casi le tapaba la cara, se veía en trance duro para poder salir de los apuros, que uno tras otro y sin dar lugar á reposo, le venían á la garganta: ¡como que estaba recién comido y bebido, y esta gente de campo de Extremadura comen para un mes, como los camellos beben!

Mi compañero de caza reía á rienda suelta y todos se retorcían por las sillas á costa de aquel pobre tonto, que á la media hora se estaba guardando en el estómago medio kilo de chorizo y medio pan como si tal cosa le hubiera sucedido.

Después me enteré que la oreja del fingido jabalí, que agarró aquel supuesto alano, estaba manchada de escremento de no sé qué animal, de acuerdo mi amigo y el andaluz que hacía de otro alano, que se agarró á la otra oreja que estaba limpia.

Fué una broma bastante pesada que dió mucho que reír y no poco que gruñir á la casera, que tuvo que fregar media cocina.

A. COVARSÍ

(Concluirá).

EL POLO

Los géneros de sport que hoy día se conocen bajo el nombre de atléticos y que han sido importados de Inglaterra, es indudable que van adquiriendo, especialmente en Francia, gran popularidad.

Actualmente preocupa á los *sportsmen* de la vecina república el origen del juego cuyo título encabeza estos breves apuntes, pues en tanto que unos afirman que lo han dado á conocer los hijos de la Albión, otros por el contrario, sostienen que el *Polo* tuvo su primitivo origen en la Persia.

Según hemos leído, en el *British museum* existe un manuscrito del poeta persa Tirdusi en donde figura un dibujo representando al rey Afrasiab, á caballo, conducido éste por un esclavo. Delante del monarca hay cuatro caballeros, con trajes nacionales, y en la mano largos palos que terminan en una bola negra.

Por las actitudes en que están colocadas las figuras parece, según la opinión de eruditos *sportsmen*, que el tal dibujo representa una partida de *Polo* jugada en Persia, 600 años antes de Jesucristo.

Otro historiador antiguo, árabe, Mohamed Tabary, autor de una *Crónica universal*, cuenta que Darío queriendo humillar un día á Alejandro, le manifestó que los ejercicios de fuerza y agilidad eran más convenientes á la juventud que los afanes de la política y de la guerra, enviándole un palo como emblema de su consejo. Alejandro contestó que en efecto, la lucha estaba en la tierra y que el palo era él.

En la Gran Bretaña y en América hace tiempo que constantemente se organizan animados partidos de *Polo* que presencia una multitud entusiasta. En Francia data de dos años acá la afición á dicho juego, que ha ido aumentando hasta el punto que en el pasado mes de abril se constituyó definitivamente una Sociedad dedicada á este nuevo sport.

El *Polo* es una partida de bola ejecutada por dos bandos formados por varias partes.

La pista en donde tiene lugar el juego es como todas las de los hipódromos. A cada uno de los extremos, señalados previamente, se fijan dos palos que indican la entrada en campo.

El juego consiste en lo siguiente: cada uno





de los jinetes, armados de un largo bastón de bambú, semejante en su parte inferior á una raqueta de las usadas en la ruleta, deberá lanzar la bola de modo que haga pasar la suya al campo inmediato é impedir que caiga en su campo la bola del adversario. Cada partida suele durar de quince á veinte minutos.

El traje para jugar al Polo es muy semejante al de los jockeys; las botas son de cuero de Rusia, muy fuertes. Los caballos que los jugadores dedican para este género de sport, son de muy poca alzada y perfectamente adiestrados, pues esto da más facilidad al jinete para seguir con más atención y positivos resultados todas las peripecias de tan entretenido como higiénico ejercicio.

SAN SALATS

CHAVALA

HISTORIA DISFRAZADA DE NOVELA

El distinguido escritor Sr. López Valdemoro, acaba de publicar una preciosa novela que lleva por título «Chavala».

La escena de esa interesante historia se desarrolla en Andalucía, y la pluma del colorista ha vertido á raudales la luz y el color tomados de aquel paraje esplendente.

Como el mayor elogio que nosotros pudiéramos hacer resultaría sin la expresión propia de la misma obra, reproducimos un capítulo de «Chavala», capítulo doblemente interesante para nuestros lectores.

El Conde de las Navas, que en la república de las letras tiene la delicadeza de omitir su título nobiliario, puede estar orgulloso de su precioso libro, que por muchas circunstancias y accidentes nos ha traído á la memoria el recuerdo de Fernán Caballero.

Y como nuestro deber es callar cuando López Valdemoro hable, le cedemos el ganado puesto de honor dando comienzo al capítulo XIII, que lleva por título:

EN EL MONTE DE JARALERA

Dieciséis años hacía que no se cazaba en el monte de Jaralera, refugio de las reses perseguidas en toda aquella parte de Sierra Bermeja.

Llovían sobre el Conde de Xirel, sobrino lejano del Duque de Encinas Reales, toda suerte de empeños para conseguir licencias de caza; y siempre se negaba á concederlas, alegando últimamente su propósito de dar muy pronto una montería á sus amigos.

Los aficionados aguardaban, pues, impacientes la realización de semejante promesa.

Ponedores, podenqueros, batidores, guardas y demás gente práctica en la sierra aseguraban que el cerro del Alcornocal estaba plagado de reses; que entre sus breñas salvajes vivían tranquilos algunos soberbios solitarios de colmillo retorcido, capaces de dar buena cuenta en pocos momentos de la mejor rehala, y que se habían visto también grandes lobos; siendo, por tanto, el éxito seguro.

Calcúlese, pues, el entusiasmo con que los aficionados recibirían el convite para la montería del 30 de enero, considerando que muchos de ellos se dan por muy contentos cuando, por recibir aviso de que en tal ó cual monte se ha visto un marrano, allá se encaminan con los trastos de matar, aguardan horas y

horas, y por fin logran divisar al jabalí desde lejos, ó contemplar simplemente los frescos rastros de la fiera, falsificados en ocasiones (para lucrarse) por los astutos batidores de oficio.

Era ni más ni menos que invitar á un abonado á la ópera del Retiro, á palco en el Real en noche de beneficio de la Patti ó Gayarre.

Aunque el día amaneció lluvioso, como las fiestas de este género no pueden aplazarse, á las seis y media, unos á caballo, otros en carruaje, los convidados salían todos de la capital con muy buena cara, no obstante el mal tiempo.

El camino hasta la Jaralera es, en su mayor parte, carretera de tercer orden, perfectamente cuidada, y abierta entre hermosos olivares, cuajados á la sazón de fruto maduro y de perchas ocultas entre el ramón, donde el zorzal paga muy cara su voracidad.

Desde una altura que llaman los naturales de aquel país el Balcón del mundo, se admira un magnífico panorama, que las nubes y el aguacero dejaban contemplar á medias.

Frondosas arboledas de eterno verdor, manchas oscuras de espesos montes, escarpados peñascos; blancos caseríos, como girones de bruma, dispersos aquí y allá; en el horizonte el Guadalquivir, á manera de inmensa cinta roja, ciñendo los viejos muros de la ciudad de los califas, y las torres de la famosa Zeca pugnando por romper la espesa bruma de la mañana.

A las ocho entraron los invitados en el verdadero camino del coto, que se aparta de la carretera por la izquierda, y había sido recompuesto dos días antes.

Formaban el monte alto esbeltos pinos, por cuyos troncos trepaba la yedra; algarrobos, acebuches, almezos, alcornoques, brezo, cabra-higos (cuyo áspero fruto sirve para madurar los cultivados), madroños, fresnos, jaras, nopales, olmos, helechos, sauces, estepas, tarajes y mil árboles más.

Entre el monte bajo había tomillo, juaguarzo, romero, almoradux, brusco, cantueso, esparragueras, ahulagas y zarzaparrilla.

Los lirios morados y blancos estaban floridos, así como innumerables enredaderas y plantas parásitas.

El aguacero engrosaba los arroyuelos de las vertientes, y el aire, saturado de perfumes silvestres, agitaba las copas de los árboles, produciendo solemnes é imponentes armonías.

A las nueve llegaron á la casa los más perezosos con el Conde, y ya salieron á su encuentro algunos convidados madrugadores, los guardas de la posesión y todo el personal subalterno de la fiesta.

—A la mesa, señores, dijo el de Xirel; las migas nos esperan.

Como se adivina, fueron éstas un pretexto para espléndido almuerzo, en el que se hizo gran gasto de ternera fiambre, jamón, exquisitos quesos, aceitunas de la tierra, y vinos de Montilla y Valdepeñas; coronando el banquete las clásicas migas, servidas en enormes sartenes.

Todos los platos eran salpimentados con los chistes propios del país ó con la relación

de extraordinarios lances de caza, menudeando los brindis, las bromas y las ruidosas carcajadas.

Había entre los convidados personajes de todas clases, profesiones y carreras, desde un ministro del Tribunal Supremo, joven relativamente, como diría *La Correspondencia*, hasta un teniente de Artillería; empleados de alto bordo, mozos alegres de los que se pasan la vida en el Club, hacendados del país, tres alcaldes de los pueblos inmediatos y un torero famoso.

En otra mesa, presidida por José Chacón, comía el personal más distinguido de las escopetas negras, podenqueros, guardas, casero y demás gente de menos viso.

Ya á los postres, las bromas se generalizaron, y el Conde dijo al magistrado, que era muy jaleador.

—Vamos á ver, Sr. Vizneto, si tiene usted hoy más suerte en el monte que tuvo en su despacho, semanas hace, cuando intentó cazar una cierva de estos países, sin licencia y olvidando que el guarda andaba por los alrededores.

—Vaya... ¿Llegó hasta Biarritz el cuentecito?... Porque usted estaba allí por esos días.

—Sí, señor, que llegó, y dió mucho juego.

—¡Los vecinos son una calamidad; el majadero de Cuesta me va á obligar á mudarme de casa! Pues cuenta con que es falso en dos terceras partes lo que refieren con respecto á mi aventura con la joven Chavala, que en pocos días es más conocida de los porteros del Tribunal que Rafael en Córdoba.

—¿Qué es eso, Pepe... se te ha subido ya el vino á la cabeza?—interrumpió el Conde poniéndose en pie para dar la señal de marcha, y clavando una mirada imperiosa en el ponedor del Duque de Encinas Reales.

Éste había roto de un puñetazo una gran fuente de torrijas que tenía delante.

El magistrado, que ignoraba por completo qué relación podía existir entre una cosa y otra, continuó mientras seguía al Conde:

—Mire usted, me interesa aclarar conceptos, y que usted declare en el Club la verdad del caso, para conocimiento de todos. Si usted me lo permite, le acompañaré en el puesto, y allí, entre balazo y balazo, le contaré el Evangelio.

—Convenido. En marcha, pues, señores.

—¡Al montel ¡al montel!—repitieron aquí y allá, y cada cual se precipitó fuera del comedor en demanda de su escopeta, de su cabalgadura, ó en busca del batidor de su casa, para darle las últimas órdenes.

Aquel cuadro reclamaba el pincel de Snyders ó de Pablo de Vos.

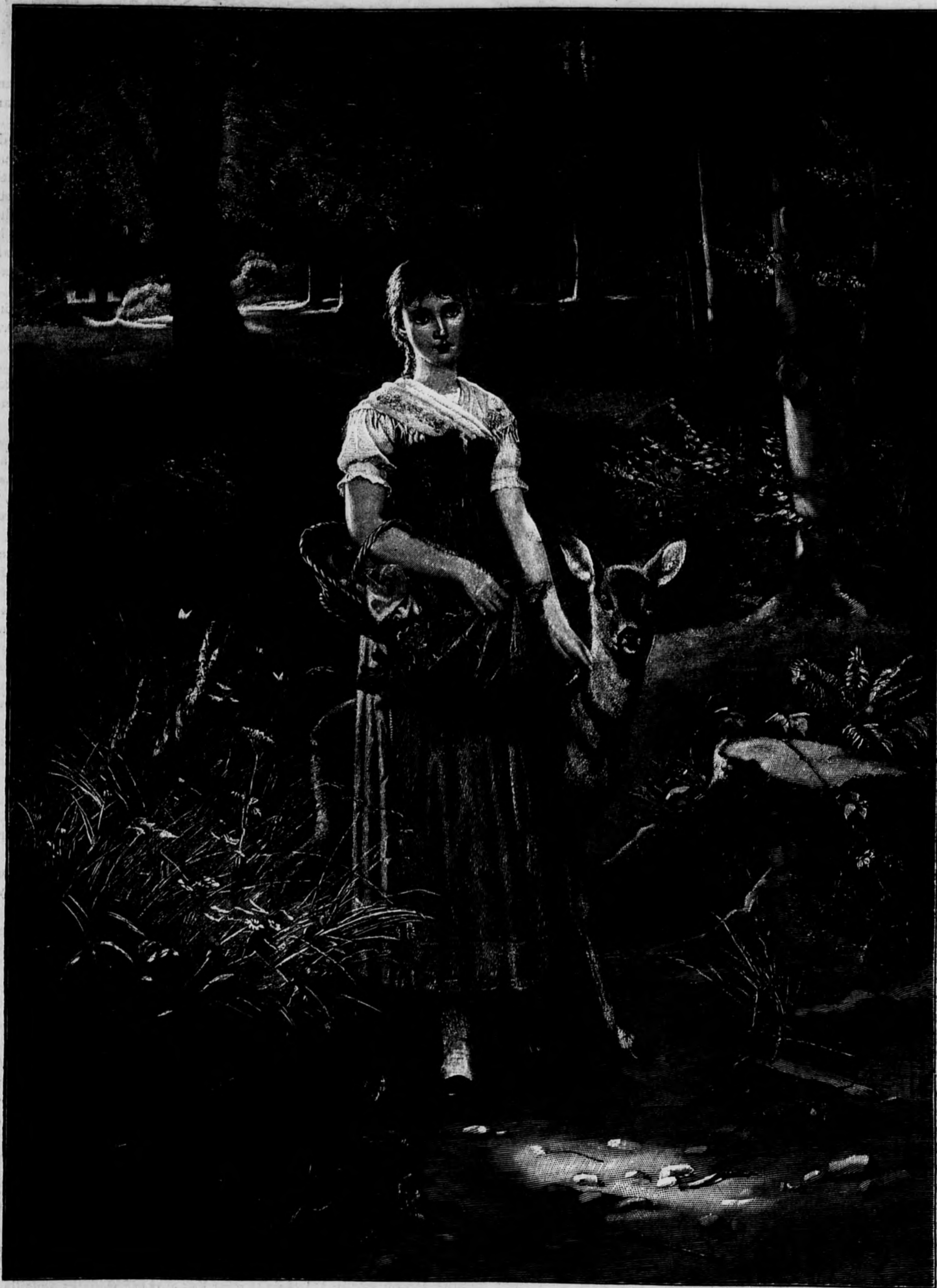
Enfrente el monte, con su grandeza salvaje; á la espalda la casa, destacando sobre el cielo su nítida blancura.

Por algunas de las ventanas asomaban las cabezas características y completamente árabes de la guardesa y otras mujeres sencillamente hermosas.

Entre el monte y la casa, agrupados artísticamente, los podenqueros al frente de las rehallas, que aullaban inquietas.

Los batidores, apoyados en sus temibles trabucos.





UN PRISIONERO FELIZ



EL COUPLET



EL CANCÁN



UN DUELO A MUERTE



Los monteros, á caballo, en burros, en mulas y á pie firme.

Allí había armas de todos los sistemas, desde el rifle á la escopeta de pistón; sombreros de todas formas, fajas de todos colores, delantales ó zajones respunteados (zahones dicen los académicos), coletes de ante, chaquetas de majo, botas llenas de barro, y caireles y polainas salpicadas de sangre de otras monterías.

Desde el traje de caza de corte extranjero, hasta la vestimenta del batidor, que parecía, como Chacón, rudo almogavar de los siglos medios, con la tez curtida, los ojos negros como la endrina, la boca sonriente enseñando doble hilera de blanco marfil, y el clásico caracol pendiente de una correa en la cintura.

Reinó por un momento en la explanada un bullicio indescriptible.

Éste daba órdenes terminantes; aquél reía á carcajadas; quién hacía caracolear su inquieta cabalgadura; el de aquí probaba las llaves de su escopeta, mientras el de más allá pateaba para calentarse los pies ó sacudir el agua de las polainas.

Xirel apareció, al fin, en el marco de la puerta, caballero en un gallardo potro.

Entonces José Chacón, aquel hombre de quien contaban que, con la sonrisa en los labios y el cuchillo en la diestra, cogía por una pata al jabalí herido y acosado por los perros, y lo remataba tan sereno como un niño que estruja un jilguerillo, se acercó pálido y tembloroso al estribo del sobrino del amo.

—Señor Conde,—dijo quitándose la gorra de cuero guarnecida de pelos de lobo;—hay que rezar para que esto salga bien... si no, no se mata.

—Pues que rece el señor cura.

Sucedió al bullicio un silencio de muerte.

Hasta los setenta perros que allí había bajaron la cabeza temerosos.

Todo el mundo se descubrió; asomó un medroso rayo de sol del lado de la ciudad... y el sacerdote, con voz entera, dijo:

—¡Una salve á María Santísima!

Las grietas más hondas de la montaña repitieron con sus mil ecos aquella oración sencilla y fervorosa, que debió subir al cielo mecida en los pliegues de la brisa de la mañana, como el purísimo incienso de la naturaleza.

Terminado el rezo, el mismo Chacón, con tono de indiscutible autoridad, pronunció estas frases sacramentales:

—Buena mano derecha; que acompañe la disquerda; no tirar sin ver, y cuidao con el compañero.

El guarda mayor del coto gritó luego tres veces:

—«No tirar sin ver».

Y todo aquel ejército se puso en movimiento.

El Conde, aprovechando la confusión, se quedó un poco rezagado, hizo una seña á José, é inclinándose sobre el cuello del caballo, le dijo:

—Te permito que escuches lo que me cuente el Sr. Vizneto. Colócanos en el puesto que más te convenga.

—Dios se lo pague á su excelencia,—respondió José, enjugándose una lágrima indiscreta con el revés de la mano.

El Conde picó espuelas, y poco á poco aquel gentío fué perdiéndose de vista entre las asperezas del monte.

J. LÓPEZ VALDEMORO

LAS CARRERAS DE CABALLOS

EN LA SEGUNDA TEMPORADA DEL 93

Apreciaciones generales.

ESTÁ visto que no se nos logra una Reunión completamente satisfactoria, y, como consecuencia natural, que sea de provecho material y positivo para el fomento de la Cría Caballar: fin principal que se propusieron obtener los introductores ó iniciadores de las Carreras de Caballos en la Península, y que hoy luchan por conseguir, con escasas esperanzas de éxito y á costa de enormes sacrificios, los pocos defensores, *bona fide*, que aún restan, del decaído sport. Parece como si una sombra negra gobernara á su antojo y capricho los destinos de nuestras «Fiestas Hípicas»; cuya sombra se complace en impedir, por una ú otra causa, que éstas salven la barra *anti-sportiva* en que están encalladas desde hace años, y de mantener ese *statu quo* deplorable, jamás arribarán al puerto de salvación tan anhelado por los que, comprendiendo su verdadera utilidad, trabajan por el desarrollo de las Carreras de Caballos.

Este año, por rareza singular, el tiempo ha favorecido marcadísimamente al Meeting de Otoño, y los propietarios deseosos de cooperar también al mayor lucimiento del mismo, han enviado á la Castellana algunos ejemplares notables, que si no en cantidad, en calidad han superado á los presentados en el anterior; y sus productos de dos y tres años han resultado relativamente superiores á los que de esas edades concurren en los otoños del 91 y 90. Esto, de haber estado en consonancia: el interés despertado por las luchas, la concurrencia y la animación, grandemente habría contribuido á registrar en nuestros anales un *succès complet*; mas por desgracia original, causas y contratiempos de naturaleza muy distintas, han venido á quitar, á la pasada *saison d'automne*, la brillantez que de otro modo hubiera alcanzado.

En primer lugar la poca importancia de los premios ofrecidos, ha hecho que los *scratching*s hayan sido frecuentes; pues los dueños, con sobrada razón, han titubeado en imponer á sus buenos caballos esfuerzos, á menudo muy severos, en pruebas cuyas dotaciones mezquinas, no subían de mil, mil quinientas ó dos mil pesetas á lo sumo. De tal manera mermado el número de los *starters*, no es de extrañar que el atractivo, en las más de las pruebas, decayera considerablemente. Por otra parte; aunque muchos fueron los cortesanos que se encaminaron hacia el hipódromo á disfrutar de la temperatura primaveral que reinó en los cuatro días de carreras, sin embargo, la afluencia no fué extraordinaria, como era de esperar. Y ¡porqué negarlo! A respirar atmósfera tan pura y á gozar de días de campo tan deliciosos, de seguro habría acudido un contingente infinitamente mayor, compuesto de personas que de diario no aspiran más que el viciado gas de las ofi-

cinas y talleres y, en general, de todas las que cuentan con escasos recursos y que, tanto unas como otras, están de continuo privadas de las diversiones al aire libre, si la Sociedad de Carreras hubiese puesto en práctica las reformas pedidas por la prensa há tiempo, aproximando el precio de las entradas al alcance de los que, no teniendo grandes rentas, no pueden costear distracciones que resultan excesivamente caras, pero que sí se permitirían, de vez en cuando, echar una cana al aire, siempre que el hacerlo estuviera dentro del límite de sus facultades. Reformas, hoy día más atendibles que nunca, puesto que el país atraviesa una crisis pecuniaria que á todos afecta; pero que se hace más sensible en las fortunas pequeñas, y por estar nuestra pobre España agobiada bajo el peso de cuantiosas calamidades y catástrofes, que en su tanto, vienen á esquilmar los bolsillos de sus súbditos, pobres y ricos, siempre generosos, nobles y prontos á aliviar y amparar las aflicciones y penurias de sus hermanos.

Entre la *high life* que habitualmente asiste á las fiestas de la Castellana, á quien el precio de las localidades no la preocupa, también, por diferentes conceptos, ha habido sus bajas correspondientes. Efecto acaso de lo benigno que el clima se presentó á fines de septiembre, muchas aristocráticas damas hubieron de prolongar su *sejour* en las costas del Cantábrico y Mediterráneo hasta fines de octubre, y retardar, consiguientemente, *le retour* á la madre patria, ocasionando así que en esta reunión se echara de menos á no pocas celebridades femeninas, que tanto brillaron en la de primavera, y que á la sazón de las carreras pasadas andaban diseminadas por esas tierras de aquende y allende los Pirineos. Las unas, que por prescripción más que facultativa de las exigencias sociales, necesariamente han de reposar las aguas antes de entrar de pleno á hacer la bulliciosa vida cortesana; hallábanse disfrutando de patriarcal tranquilidad en sus solitarias quintas, posesiones señoriales ó en sus severos antiguos castillos feudales; y las otras menos dadas á la quietud, empleaban ese pacífico entreacto, (que se abre cuando terminan los conciertos de playas y se cierra á la apertura del Real Coliseo), en revolver y curiosar los escaparates más frecuentados en la babilónica capital francesa, para allí equiparse, con arreglo á las novísimas confecciones de los modistos más afamados, y comprar infinidad de objetos de artes, *bibelots*, etc., etc., que en futuras *soirées* invernales adornarán sus ya ricos salones, y que tienen el secreto de sostener con un *cachet* especial de elegancia refinada el fausto y esplendor de la antigua nobleza española.

Además, el programa tampoco ofrecía ningún *great attraction*, cual dirían los *yankees*, que á manera del *Gran Prix du Conseil Municipal* de 100.000 francos, atrajera la atención de los *touristes*: Sin embargo, algunas de nuestras *sportswomen* enragées anticiparon su vuelta deseosas de dar el último adiós á las fiestas hípicas del año 93, y seguramente que el hipódromo habría presentado un cuadro mucho más tonificado en el domingo 29 de octubre, si los rumores que circulaban la víspera referentes á los tristes acontecimientos de



CRÓNICA DEL SPORT



Melilla, no hubieran alarmado los ánimos. Fácilmente se comprenderá que en aquellos momentos tan críticos las diversiones estaban fuera de lugar, y, en su consecuencia, se pensó muy cuerdateamente aplazar las carreras; mas ciertas indicaciones influyeron para que no se suspendieran ninguno de los festejos anunciados. Y en efecto, así sucedió; pues, como son muchos los Vicentes, que van donde va la gente, los grupos se dividieron: los aficionados al arte de Pepe Hillo reflexionaron que más cuenta les tenía ver los toros desde barreras, á ser ellos acaso arrastrados y enchiquerados: los sportsmen de nuevo cuño prefirieron arrostrar el peligro de salir del Frontón con un ojo de menos, que pudiera saltarle la pelota perdida de un Chiquito de Eibar, de un Manco ó de un Portal; y el número más reducido de los ciudadanos pacíficos acudió al Hipódromo; y es que, como siempre sucede, «la sogá se rompe por lo más delgado».

(Continuará).

NECROMANCER



CAZA

El abandono del Real monte del Pardo, de que con tanta justicia nos quejábamos, ha ido en aumento; parece que con supremo desdén olímpico se ha querido responder á nuestros consejos.

Y para colmo de males, como casi todos los arrendamientos de caza terminan este año, los arrendatarios entran á saco el botín.

Los guardas, nunca muy despiertos para defender el monte de dañadores, parecen ahora más dormidos, siendo frecuente encontrarse en los cuarteles centrales, inocentes vecinos de las Rozas cazando con escopeta y perro.

No hace muchos días, en Valdelapeña, un amigo nuestro puso en fuga á dos huroneros, que como recuerdo le dejaron un cepillo... vacío.

Los guardas se entregan también con firme ahinco al noble ejercicio de la caza, y ni en los maldecidos tiempos de la República, tan pregonados por todas las trompetas de la deshonra, se ha visto el Real monte más entregado á merienda de blancos y de negros.

Comprendemos que los arrendatarios, hartos conocidos de todos por no ser modelos de cultura y delicadeza, pongan en práctica, como castizos émulo de Sancho Panza, aquel zaño y descortés refrán del novicio que se sale del convento; pero es inexplicable que la Administración Patrimonial consienta este estado rifeño.

La abundancia de chochas es general en toda España; la magnífica entrada se anunció bien pronto en nuestra sierra del Guadarrama. Los socios del Pardo no dejan de tirarlas en todas las expediciones, viendo volar muchas más de las que pueden encañonarse.

De Extremadura nos escriben que la abundancia de esta codiciada ave es allí muy grande.

No ocurre otro tanto con las agachadizas; la mucha humedad del suelo no reconcentra en los charcales helados estos deliciosos pájaros, verdadera desesperación de cazadores, por eso, que sepamos, no se ha organizado ninguna expedición á las orillas del Guadarrama, en el puente de Navalcarnero, ni á los pantanales de Ausín y Coca.

Este género de caza, lleno de dificultades, con el agua hasta la rodilla, venciendo la resistencia del charqueo, tiene un encanto especial que no pueden explicarse los cazadores prudentes de conejos en ojeo.

En la última cacería organizada en los montes de Olamin por el Sr. Rubio, ha ocurrido un incidente notable.

A pesar de que los ojeos no se daban más que á caza menor, entró en uno de ellos un hermoso jabali que,

herido mortalmente por el anfitrión Sr. Rubio, pudo cobrarse con gran trabajo.

El magnífico solitario ganó el Alberche, y á pesar de que la corriente del río debilitaba sus fuerzas con la pérdida de sangre que manaba por la herida, el animal se resistía á orillarse; cuatro hombres tuvieron que echarse al río, y con el agua á la cintura rematar al animal.

Los incidentes de este combate proporcionaron un gran encanto á la cacería.

Los expedicionarios han sido los Sres. D. Julián Olivares y D. Vicente Martínez, habiendo colgado 155 conejos, 40 perdices, 11 liebres y una chocha. El jabali pesó en canal 106 kilos.

Cortamos de El Montero Extremeño:

Hemos tenido ocasión de examinar la carabina de precisión de Giffard, por gas licuado.

Esta carabina tiene el aspecto de cualquier otra arma, pero por debajo del cañón se halla un tubo recipiente de acero, herméticamente cerrado por una válvula que contiene ácido carbónico licuado.

Cada vez que cae el martillo de la carabina, el percutor abre ligeramente la válvula que cierra el tubo, dejando escapar cierta cantidad de ácido carbónico.

Se puede graduar este escape, según la distancia á que se quiera tirar.

El ácido carbónico libre ya, pasa al estado gaseoso de muy alta presión, y no encontrando otra salida que el ánima del cañón, impulsa violentamente la bala.

Basta, después de cada disparo, reemplazar la bala y montar el martillo para tener la carabina nuevamente á punto de disparar.

Según el calibre de la carabina y la distancia á que se quiera tirar, puede dispararse con un solo tubo recipiente de 50 á 300 tiros. Cuando el recipiente está vacío, puede ser cambiado instantáneamente por otro lleno.

Los tubos vacíos pueden llenarse de nuevo y servir para mucho tiempo.

Aparte de las ventajas que presta un arma que no produce humo, que no experimenta retroceso y que no se ensucia ni se calienta, hay que añadir á la carabina Giffard la esencialísima cualidad de la precisión.

¿Resultará en la práctica?

Esto es lo que no sabemos, porque no hemos hecho aún pruebas de ningún género.

Los cazadores de la Florida (Estados Unidos), han exterminado en estos últimos años un número de cocodrilos que no baja de 250.000.

Esta caza continuada y peligrosa ha producido grandes beneficios, pues los cocodrilos comienzan á desaparecer de aquel país antes infestado por aquellos anfibios tan repugnantes y dañinos.

Como está comprobado que los cocodrilos no alcanzan su completo crecimiento hasta cincuenta años, se cree que la disminución de las crías hará que llegue á desaparecer por completo en la citada región esta especie de animales dañinos, que era un enemigo terrible para los sembrados y toda clase de animales domésticos.

Según un periódico extranjero la reina Victoria posee 55 perros domésticos sin contar las jaurías oficiales al cuidado de lord Ribblesdale, montero mayor de palacio. La instalación de los precitados animalitos es verdaderamente regia, pues ocupan un gran salón cuyas paredes están cubiertas de retratos de perros de todas castas y en todas las posiciones imaginables. Un verdadero museo canino, único en el mundo, constituido por acuarelas y óleos de los mejores pintores ingleses. Algunos cuadros ostentan en la parte superior del marco un mechón de lana del perro que representan; son los retratos de los canes que han logrado un aprecio especial de S. M. Todos los cuadros llevan á la izquierda de su lado inferior escrita en letras muy pequeñas la firma del retratista, y á la derecha en gruesos caracteres el nombre del perro retratado, ya difunto; porque es de advertir que estos honores son siempre póstumos, como todos los merecidos.

La expedición á la Dehesa de «Azagala» de la que formaba parte el Sr. Covarsi en calidad de director por ausencia de D. Pedro Castillo, se verificó con un tiempo muy duro, fuertes vientos é incesantes lluvias. Sin embargo, los resultados fueron bastante satisfactorios,

pues se cobraron seis ciervos, dos venados y tres jabalíes. La generalidad de los expedicionarios que eran en número de 42, se portaron como buenos; pues á pesar de que, como decimos, el frío era glacial y el agua les azotaba, no por esto abandonaron sus puestos, salvo alguna excepción.

En los ocho días que duró la montería se cazaron las manchas de Gabilanes, Alcornocosa, El Rosal, Bullón, Raboavientos y Las Paseras, y en todas ellas no dejaron de presentarse algunas piezas que sostuvieran el ardor bélico de los cazadores.

Hay que reconocer que si la montería no dió grandes resultados prácticos por el número de piezas cobradas, fué debido á que la dehesa «Azagala» de hoy no es la de hace tres años, porque en este último verano y en el anterior no ha dejado de arder esta dehesa, hasta el punto de que en la actualidad tiene quemado más de la mitad de su cazadero. Todo esto unido al malísimo tiempo que hizo, justifica cumplidamente lo que dejamos consignado respecto al pequeño número de piezas cobradas.

El Sr. Covarsi, que según decimos, capitaneaba tan lucida expedición, con sus conocimientos y excelentes disposiciones coadyuvó eficazmente á que reinara el orden y armonía más perfectos entre tan numeroso contingente; quedando todos los expedicionarios contentos y satisfechos y haciendo votos porque se repita pronto tan agradable diversión; pero con un tiempo más benigno.

De Extremadura nos escriben lo siguiente:

En la cacería que el Sr. marqués de la Conquista llevó á cabo acompañado de su hijo y de varios amigos en la Sierra de Robledollano cobraron siete piezas mayores, dos de las cuales fueron muertas por el Marqués y otra por su hijo D. Antonio Orellana.

El Marqués de la Romana prepara una expedición cinegética muy numerosa á sus posesiones de Guadalupe.

Además varios entusiastas aficionados, entre los cuales se halla nuestro buen amigo el Sr. Covarsi, tienen en proyecto una montería á los cotcs de la «Sociedad de Monteros de Extremadura».

La obstinación de la mayor parte de los cazadores en tirar apuntando á la pieza, ha hecho que el *American Field*, importante publicación, haya dedicado no pocos artículos á este asunto.

El director de la sociedad de la pólvora «Schultze», ha publicado minuciosas tablas de las velocidades de los proyectiles de cinco en cinco yardas, hasta cuarenta, según las cantidades de pólvora y plomo empleadas para cargar los cartuchos, ya se use la pólvora «Curtis Haroey» ó la de «Schultze».

El cartucho calibre 12 cargado con 3 dragmas de pólvora (5 gramos 31) y una onza (28 gramos) de plomo del núm. 8, obtiene una velocidad hasta las 20 yardas (18 m. 29) de 316 metros por segundo y á 40 yardas (36 m. 07) de 249 metros por segundo. Por lo tanto la carga que en 1,17 de segundo recorre 20 yardas, tarda 1,7 en recorrer 40.

La velocidad probable del vuelo de las codornices es de 30 millas (48 kilómetros) por hora, franqueando pues 44 pies (13 m. 41) por segundo. Así estas aves franquearán 2 pies 7 pulgadas (78 centímetros) en 1,17 de segundo, en el tiempo necesario al plomo para recorrer 20 yardas (18 m. 29) y 6 pies 0 pulgadas (1 m. 90) en 1,7 de segundo mientras que las municiones llegarán á las 40 (36 m. 08). Es pues menester apuntar 78 centímetros por delante de estas aves, cuando se les tira á 20 yardas y á 1 m. 90 cuando se le haga á 40, para que el plomo del tiro le alcance.

En la caza de patos, en que se usa generalmente una carga fuerte y perdigones núm. 5, la velocidad se aumenta un poco. Se calcula que los patos vuelan 60 millas por hora ó sean 88 pies por segundo. Adelantan 4 pies 10 pulgadas en $\frac{1}{3}$ de segundo, tiempo necesario á los perdigones para recorrer las 20 yardas y 11 pies, 8 pulgadas en $\frac{1}{7}$ de segundo para hacer las 40 yardas. Por lo tanto será menester apuntar 1 metro 02 por delante á las 20 yardas, y 3 metros á las 40, para que el tiro los coja de lleno.

D. Hipólito Suárez, presidente de la Sociedad «Monteros de Extremadura» se encuentra casi restablecido de la herida que se produjo en una pierna.

Nos alegramos.





Parece que D. Carlos Pacheco ha arrendado por cierto número de años el coto de Gabilanes, uno de los mejores terrenos de caza mayor que hay en Extremadura.

CARRERAS DE CABALLOS

La fecha para el Gran Prix de París de 1894 ha sido fijada la del domingo 19 de junio.

El premio Jockey Club será corrido el domingo 3 de junio.

El comité de la Sociedad Hípico-francesa ha elegido por unanimidad presidente de la misma al Conde de Juigné, en reemplazo del marqués de Mornay. El marqués de Barbantane ha sido nombrado vicepresidente en reemplazo del conde de Juigné.

El producto de las apuestas mutuas en la última reunión de otoño celebrada en Madrid ha sido de 7.327 pesetas. Los gastos por todos conceptos han importado 5.061 pesetas, dejando un beneficio líquido á la Sociedad de carreras de 2.266 pesetas.

El rico ganadero sevillano D. José Vázquez ha vendido uno de los mejores caballos de su propiedad, en la suma de 6.000 pesetas, á D. Eduardo Parodi, para un encargo que dicho señor tenía de la República de Guatemala.

El caballo se llama «Almirante», es de pura sangre española y procede de un célebre semental que montó Alfonso XII cuando estuvo en Jerez.

La revista agrícola alemana *Zeitschrift des Landwirtschaftlichen Centralvereins der Provinz Sachsen*, da interesantes datos respecto á la temperatura de los establos del caballo. Una temperatura conveniente en los establos es un factor esencial para que los caballos se mantengan en buen estado de salud, especialmente en el otoño é invierno, que es cuando más trabajan.

Con frecuencia vuelven los caballos á la cuadra calientes después de mucha fatiga, y si la encuentran fría caen á veces enfermos á causa del enfriamiento subsiguiente.

En general, puede decirse que durante los meses fríos del año, mejor debe cuidarse de aumentar la temperatura de los establos que de disminuirla. La más apropiada de estos locales es de 10 á 14 grados Reaumur, ó sea de 12'0 á 17'0 grados centígrados, y por término medio, 12 grados R. ó 10 grados C.; en las cuadras donde hay caballos nobles ó potros debe ser un poco más elevada, es decir, de 14 á 16 grados Reaumur. Es ya sabido que el establo templado impide que los caballos fatigados por el trabajo se resfrién, pero deben tomarse además precauciones especiales cuando á consecuencia del cansancio se hace el sudor abundante; en estos casos no se les quite seguidamente los arcos sino que es preciso envolver al animal en una manta no desparejándolo hasta que cesa la transpiración.

VELOCIPEDIA

En Porto acaba de fundarse un nuevo club velocipedista con la denominación de *Sport-In-Club*. Cuenta ya con gran número de socios, siendo presidente el Sr. D. Alberto da Luz Rebello.

Para el mes próximo de diciembre el citado club proyecta dar varias carreras.

En Oriente va despertándose también la afición al ciclismo.

En el Cairo y en Alejandría se acaban de fundar dos sociedades denominadas *Cyde Club d'Alexandrie* y *Cairo-Cyde Club*.

Cada una de estas agremiaciones cuenta ya con cerca de cien socios.

En Barbastro ha quedado constituida una sociedad velocipédica bajo el nombre de *Cide Club Barbastroense*. Deseámosle mucha prosperidad y que los nuevos velocipedistas dejen tan bien puesta la bandera como los veteranos ciclistas del alto Aragón en sus buenos tiempos.

En los Estados Unidos de América, Mr. Arthur J. Thowless de New Jersey ha construido un diminuto velocipédo, absolutamente igual á las máquinas usuales, hasta en sus detalles más insignificantes.

Pesa esta pequeña alhaja menos de 38 gramos; las

ruedas tienen 5 centímetros de diámetro; los rayos son tangentes y del grueso de cabellos finos. Está compuesto este pequeño aparato de 100 piezas diferentes.

En el *Sport Club* portugués, han resultados elegidos para componer sus juntas los señores siguientes:

Dirección.—Presidente, Amadeo Rebello; Secretarios, Veridiano Guimaraes y Arturo Alleu; Tesorero, Ernesto Dinis.

Asamblea general.—Presidente, Julio Brandao; Secretarios, Eduardo Pinto da Cruz y Gonzalo Basto Junior.

El oficial húngaro Alexandre Gerdenitz que en principios de este año hizo el trayecto de Buda Pesth á Tunis montado en su bicicleta, pasando por Italia, Francia, España, Marruecos y Argelia, piensa emprender otra expedición no exenta de peligrosos accidentes.

Partiendo de Londres visitará Colonia, Génova, Milán, Trieste y Viena. Después atravesará los Balkanes hasta Constantinopla para dirigirse á Jaffa y Jerusalem, donde terminará su viaje.

El capitán Gerdenitz juzga emplear en toda esta travesía próximamente un año. Le acompañará otro artista, O'Rell, que aprovechará bien el tiempo para traerle su álbum lleno de apuntes y de magníficos croquis, de los cuales podrá sacar no poco partido su ingenio y habilidad.

REGATAS

La junta del Club de regatas de Santander, trata de expedir al Excmo. Sr. Marqués de Comillas, el título de presidente honorario de la sociedad, como muestra de agradecimiento á su magnánimo proceder con motivo de la horrible catástrofe sufrida el día 3 del actual.

La carta-título, que llevará la firma de todos los socios, se encuadernará en forma de libro con ricas tapas de terciopelo ó peluche, conteras de oro ó plata y chapa del mismo metal, en la que se grabará la dedicatoria.

El recuerdo irá en un elegante estuche.

Aplaudimos la idea, que demostrará al ilustre compasivo y generoso prócer, la buena memoria que conserva Santander de su caridad y de su amor á aquel pueblo en los amargos días de la espantosa desgracia.

La asociación de nadadores de la City de Londres ha tenido una brillante reunión presidida por el Alcalde, destinando á la beneficencia sus productos. El local de los baños de Aldgate era insuficiente para albergar á la numerosa y escogidísima concurrencia en la que abundaban las señoras de la mejor sociedad inglesa.

He aquí algunos números del programa, que era muy variado; un *handicap*, simulacro de salvar ahogados, una pelea de gallos, carrera acuática de polizontes vestidos de uniforme, partidos de polo y otros muchos ejercicios hechos á maravilla.

BIBLIOGRAFIA

El Dr. D. José Fraguas acaba de publicar el tomo primero de su notable obra titulada *Tratado racional de Gimnástica y de los ejercicios y juegos corporales*.

El Sr. Fraguas, que con su talento y una perseverancia admirables y dignas del mejor premio, ha sabido abrirse paso en el camino de la vida, acaba con esta obra de fundamentar su merecida fama de pensador y de escritor notable.

No podemos en la sucinta noticia bibliográfica que la importancia de la publicación nos obliga á dar á nuestros lectores, hacer el juicio crítico del libro del señor Fraguas; pero aseguramos que este estudio se halla á la altura de los trabajos modelos de este género en Alemania y en Inglaterra, donde el ejercicio corporal del hombre es cuidado y atendido como el desarrollo del espíritu.

Para nosotros, el libro del Sr. Fraguas tiene el doble mérito de la especialidad técnica.

Precede al libro un prólogo de D. Manuel Becerra, cuyo estilo oratorio aparece incólume en las cuartillas del escritor, y el trabajo dedicado al autor, es tan original y peculiar como todo lo que medita el notable creador de la Escuela Gimnástica.

Reciba el Dr. Fraguas nuestra entusiasta enhorabuena.

Hemos recibido el primer folleto de poesías de En-

rique Redel, titulado *Al Aire libre*. Le precede un exacto juicio crítico de Salvador Rueda, y forman el tomo una docena de composiciones, algunas de las cuales están muy vividas, con detalles de fina observación y un marcado espíritu de sátira á lo Heine, que tiene escasísimos precedentes en nuestra lírica.

Redel, como dice su prologuista, aporta una nota nueva á la poesía española. ¿Que el libro no está purgado de incorrecciones? ¿quién lo duda tratándose de un joven que empieza?; pero demuestra un buen caudal de dotes naturales que, una vez fijas y pulimentadas por el constante estudio, harán de Enrique Redel un poeta de cuerpo entero.

Nuestros grabados.

SOLÍCITOS CUIDADOS

¡Qué encantadores entretenimientos tiene la infancia!

Después de haber satisfecho sus necesidades con el frugal desayuno, los pequeñuelos no han olvidado á los pececillos que tienen prisioneros en una pecera, y con solícitos cuidados les reparten las miguitas del último pedazo de pan que ellos habían de comerse.

UN PRISIONERO FELIZ

La belleza, doma la fuerza; el cariño, con su dulce debilidad, vence la fiera más terrible, que es la del corazón del hombre.

Nuestro precioso grabado muestra bien elocuentemente cuán feliz es el prisionero que acompaña á la niña.

Ella es hermosa, y su ternura amansa la medrosa indiferencia del venado; la voz de la naturaleza ha quedado adormecida en el animal, entre las palabras de cariño que le tributa su dulce dueña, y si el monte tiene el irresistible atractivo del destino, el eco de aquella voz amante refrena los impulsos y con placer se vuelve al lado de la niña.

He aquí por qué encierra una profunda verdad el título de este grabado, que parece ser en el primer momento una imperdonable contradicción.

EL COUPLET.—EL CANCIÓN

Grand chapeau y petits souliers, cuerpo esbelto y elegantísimo, coronado por un semblante en que el diablillo del erotismo imprime muecas picarescas, y al que dan tonos fuertes los labios, que más destilan que hablan las frases cáusticas de ese *argot* parisien de gracia inimitable... estas son las condiciones exigidas á la *divette*.

Vedla en las tablas con movimientos remilgados que recuerdan el paso de las majas de Goya; ya canta con su vocetita de tiple; á veces se acerca al proscenio, con cara de afectada inocencia, diciendo muy quedo, casi deletreando, una frase pizante; otras retrocede, y al erguirse toma aires de desafío, y siempre se acompaña de una música festiva y retozona que salta sobre los hilos del pentágono como una carcajada que tiene tonos gangosos, semejantes al de los viejecillos del *Faust*; desplantes de parodiada gravedad, que recuerdan á D. Basilio, pensamientos que parecen arrancados de los cantos báquicos de una saturnal...

Después, el más desenfadado de los cancanes, oleadas de encajes formando nimbo ó un cuerpo ingrátido como la pluma, crujir de sedas agitadas por movimientos acompañados y voluptuosos, sangre joven y caliente que sube á teñir de púrpura las mejillas á la *divette*, que baila entornando los ojos como dormida en sueño de languidez inexplicable...

Prediquen los dómines, clamen los moralistas... pero mientras en el espíritu del hombre fermenta un átomo de la levadura de Adán, siempre que una artista como la de nuestro grabado salga en un teatro á cantar *couplets*, todas las manos se chocarán en palmo delirante y de todos los labios se escapará un grito de ¡bravo!

UN DUELO Á MUERTE

La salvaje soledad de América parece ser el escenario propicio de todas las extravagancias; los hechos más comunes de la vida adquieren en aquel medio ambiente caracteres novelescos, extraños, anormales y raros.

La educación de la vida se fundamenta sobre otras bases, y los principios esenciales que rigen nuestras costumbres son allí otros y diferentes, como si en vez de ser aquellas gentes parte integrante de la humanidad, pretendieran ser un algo original que se llamara arte y sobre todo mundo americano.

Nuestro grabado representa el modo raro de efectuarse un duelo á revólver y á caballo, corriendo un enemigo en pos de otro, y en persecución de ambos los padrinos.

Comprendemos que el duelo es un combate, pero no podemos explicarnos que para ese combate sean precisos dos caballos y una selva por delante, abierta á la carrera frenética de la desesperación.

Pero batirse á pie firme es seguir la tradición europea, es rendir culto á una rutina.

En estas clases de duelos á la americana, todos los ardidés son permitidos; quien puede ocupar una posición estratégica para desde allí disparar á mansalva, no comete un asesinato, y los padrinos no certifican más que del valor de los combatientes.

La escena característica que reproducimos no puede tener imitadores en Europa, porque sería preciso alquilar para efectuar un duelo, un monte ó un campo de operaciones.





UNA INICIACIÓN (1)

A CERCAOS en puntillas: no hagáis ruido...
¡Por Dios, que no se entere de que la vamos á observar!...

¿La véis?

Sentada en la baja silla de coser, tiene la labor sobre su falda. Es un vestido de casa, que es necesario ensanchar si ha de servir para el lindo cuerpecito de su dueña, que ya empieza á evolucionar las angulosidades de la niña en las curvas y redondeces de la mujer.

María de las Mercedes no da una puntada siquiera. Con la vista fija en el diáfano cielo de Manila, permanece, al lado de la abierta ventana, muda é inmóvil y ajena á cuanto le rodea.

Su alegre cuartito de soltera, limpio y aromatizado con el hábito de virgen de quien lo habita, está muy lejos de su imaginación. La cama adornada con encajes y lazos celestes; el espejo de tres lunas, que devuelve multiplicadas las sonrisas que ensaya Mercedes cuando se halla segura de que nadie advierte su inocente coquetería; los *bibelots* que cubren el mármol del lavabo y las rinconeras de maque; y allá, en el más tranquilo rincón de la alcoba, un altar en el que reina la virgen de Lourdes, entre gumamelas, sampaguitas y jarroncillos que casi casi parecen legítimos de Satsuma...

Para Mercedes nada de esto existe. Su mirada indecisa no se aparta de aquel cielo, caldeado por el sol de Filipinas, en el cual tiembla y palpita el aire, como si rodeara la llama de un incendio... Porque Mercedes ve en la atmósfera, por extraño espejismo—sí; ó es eso, ó miente la sonrisa de Mercedes,—ve en la atmósfera la interesante silueta del joven de barba negra, que, entre otros encantos, luce el de guiar su calea con rara habilidad. Con tanta, que siempre aparece detrás del carruaje de sus padres...

El canario, cansado de derrochar inútilmente sus mejores notas, enmudece un instante mirando á su ingrata señora. Pero es solo un instante; porque en seguida se encarama en lo más alto de la jaula y allí canta que se las pela, con trinos que semejan carcajadas, como diciendo:

—Anda, tonta. Perdono que me olvides... porque estás en la edad del pavo.

Y sigue llenando la alcoba de las mejores melodías de su espontáneo repertorio...

¿Qué tiempo estuvo así Mercedes?... Un prolongado suspiro anunció que la niña había descendido al mundo de la realidad. Fué aquel un suspiro con dejos de gemido, como si al chocar contra la tierra se hubiesen lastimado las alas de sus ilusiones.

Levántase de la silla y se dirige al espejo, saludándole con una mueca llena de gracia, y después...

Vámonos, que Mercedes empieza á mudarse de vestido.

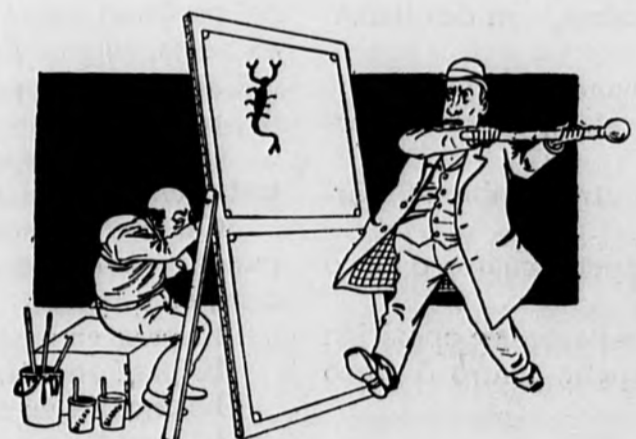
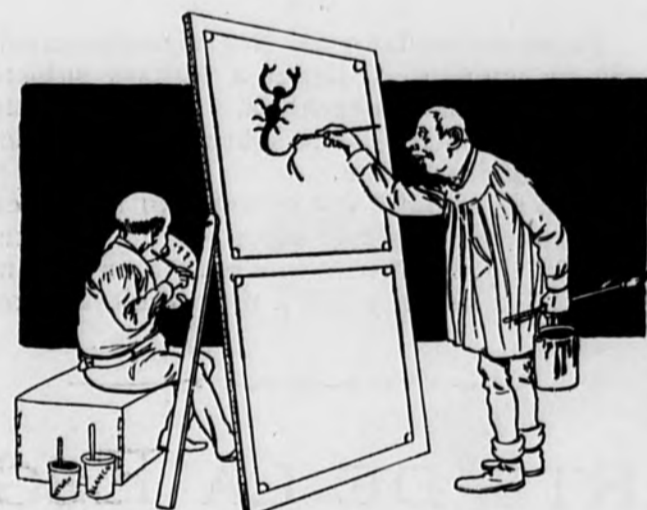
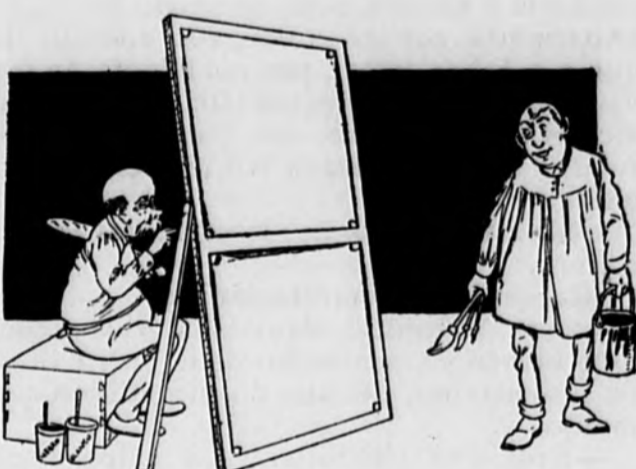
La joven ha sido víctima de una equivocación. La engañaron más que sus ojos, sus deseos. El cuerpo resulta bastante holgado. Las alas que convierten en mariposa á la crisálida no se han formado completamente. Aún no puedes volar, Mercedes, sino impulsada por tu precoz imaginación. Eres una niña.

¿Protestas?... Ya lo sé.

Lo dicen el placer con que recibiste la cartulina en que invitaban á tu padre y familia al baile de la pasada noche; la encantadora habilidad que desplegaste para hacer que tu papá, en premio de besos y zalamerías oportunamente manejados, te autorizase para que eligieras tela para un traje; el esmero con que escogiste los adornos; las extravagantes

UNA MALA PASADA

POR ROJAS



advertencias que hiciste á tu modista... Lo pregonan ese desasosiego y esa inquietud que se apoderaron de tí y que, con caracteres febriles, aumentaban á medida que llegaba la hora de la reunión; lo patentiza la ansiedad con que esperabas á la modista que había de traer tus galas... ¿Qué más? Hasta la satisfacción que iluminaba tu semblante al mirarte al espejo, creyéndote ser más de lo que eres, y al imaginarte que los huesos de tus hombros están vestidos de carne satinada y palpitante, descubre el poder de las ilusiones, que moldean asperezas, engañándote despiadadamente.

Sí, Mercedes; te lo digo con la condición innecesaria por tu parte, de que no has de creerme. No eres una aurora, eres una alba; no eres una hermosura, eres una promesa...

Al entrar en el salón salí á tu encuentro. Estreché tu mano temblorosa y te dirigí uno de esos cumplidos que, no por ser vulgar y artificioso, dejaste de pagarme con una sonrisa. Después cruzaste entre las parejas que bailaban, sentándote á los pocos momentos junto á tu madre, en uno de los sitios más visibles.

Tu vestido, algo estrepitoso, hacía, sin embargo, honor á tu buen gusto. Al día siguiente le describieron los revisteros de salones. Hubieras dado cualquier cosa porque te sacaran á bailar para lucir los primores de tu modista...

Pero esta vez no tuviste suerte. Terminó el vals, y aunque recibiste familiares felicitaciones de los que se acercaban á saludar á tu mamá, ninguno apuntó su nombre en las páginas vírgenes de tu *carpet*.

Empezó el rigodón y te quedaste sola... sola no, que á tu lado se aburría una señora anciana, que de vez en cuando te dirigía la palabra, llamándote de tú...

¿Qué era, Mercedes, aquel dolorcillo que atanaceaba tu corazón?...

Veía bailando á las muchachas, cuyos nombres aprendiste en las reseñas de las fiestas que publican los periódicos, confundidas con sus madres, que hacían tan brillante papel como aquéllas... ¡y todo esto desde las soledades de tu silla y al lado de una anciana cuya presencia te obligaba á disimular las oleadas de rabia, de envidia y de despecho que subían á tu garganta, oprimiéndola!...

Cesó el baile. Tu madre, rodeada de aduladores, volvió á tu lado; y ante todos, con voz senora y argentina, con aquella voz vibrante que hacía más débil la tuya insegura, te preguntó si tenías sueño.

¡Si tenías sueño!...

Aunque le tuvieras, hubiese desaparecido al verle entrar en el salón.

Era él. Él, quien se acercaba, repartiendo apretones de manos y sonrisas de satisfacción; era él, con su barba azabachada, su frente mate, su elegancia irreprochable. Exactamente igual á la figura que veías en tu fantasía cuando mirabas distraída al cielo por la entreabierta ventana de tu cuartito de soltera.

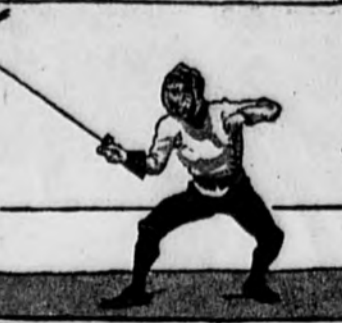
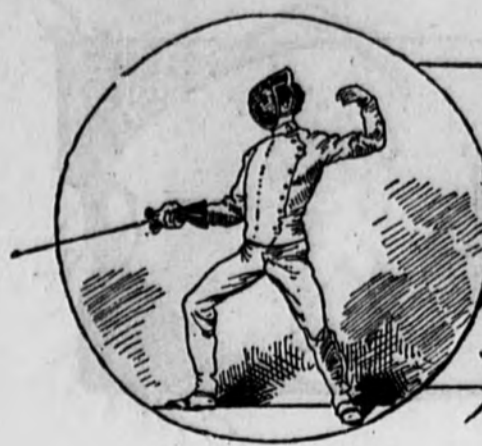
Su presencia en el salón iluminó todas las negruras que hacían presa en tu alma. Estaba él... ¿qué te importaba lo demás?...

Se dirigió hacia vosotras, y saludó ceremoniosamente á tu madre. En cuanto á tí, recuérdalo bien, oprimió levemente la mano que le tendías. A su contacto circuló de tu brazo al cerebro una intensa corriente, que te dejó fría y sudosa, sin vista y sin habla por breves instantes.

Cuando pasó aquel rápido desvanecimiento, tu madre desapareció apoyada en el brazo de él y columpiándose al perezoso ritmo de un vals, que sonaba en tus oídos con cadencia embriagadora.



(1) Del libro, próximo á publicarse, *La vida en Manila*.



Durante toda la noche, ni un solo momento les perdiste de vista.

¡Qué alegría la tuya, tan mal disimulada al observar el entusiasmo con que el joven hablaba á tu madre!...

Tu imaginación lo oía.

Le suplicaba, seguramente, que permitiese amarte con pasión eterna; á tu edad el amor sin la eternidad no se concibe. Eso; siempre eso, en mil formas repetido, en todos los tonos... Que te amaba, que te amaba y que te amaba. ¡Pues qué ese tema no era bastante para sostener tan animadas conversaciones?

Y tu madre, es claro, radiante de dicha al ver á su hija objeto de pasión tan vehemente, orgullosa y satisfecha, paseaba por el salón aquella sonrisa tan provocativa y aquellos sus ojos negros, encendidos por el placer de verte tan cercana á la felicidad...

¿Qué más? ¿Fue acaso ilusión tuya? ¿No viste tú, Mercedes, que allá en un rincón de la sala, próximo á terminarse el baile, el joven cuya calea iba siempre detrás de vuestro carruaje, daba á tu madre una carta, que ella tomó en seguida y ocultó en su vestido, después de estrujarla con disimulo entre su mano, forrada de guante de cabritilla?...

Sí, viste ó te pareció ver todo eso, y tu inocente corazón se inundó de gozo al suponer que tu madre se dignó coger una carta, indudablemente dirigida á ti, en la que se

pintaría una pasión con frases de ternura y con palabras rimbombantes.

Al hallarte, ya acabada la fiesta, á solas con tu madre, en el mullido carruaje que os conducía á vuestra casa, sintiendo herida tu impaciencia con el prolongado silencio de quien soñabas tomar por confidente de tus nacientes amores, preguntaste, haciendo un violentísimo esfuerzo, con palabras que el rubor y el miedo hacían temblar en tu garganta:

—Mamá, ¿me enseñas la carta que te han dado?...

¿Recuerdas la contestación?

¡Pobre Mercedes; olvídala! Olvida aquel tono brusco y amenazador de la que te llevó en sus entrañas, y el aire displicente con que te dijo:

—Eres una chiquilla... La culpa tiene quien te trae al baile.

Ya no recuerdas más. Negra noche envolvió tu espíritu. Al llegar á tu casa subiste maquinalmente la escalera, y al encontrarte sola en tu cuarto caíste sobre la cama sollozando amargamente.

Esto te impidió ver entrar á tu madre en el despacho, donde su esposo trabajaba aún; te libró de oír un beso que recibía en la frente el buen señor, y que á tí te hubiera pare-

cido el chasquido de un latigazo, y la respuesta de su mujer, al ser preguntada por tí.

—Está cansada—dijo.—¡Es tan chiquilla!

Al día siguiente, cuando abriste los irritados ojos, aquel alegre cuarto no parecía el tuyo alegre y coquetón.

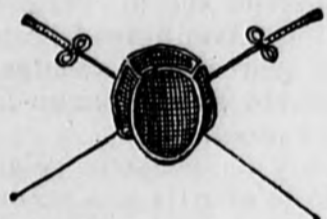
Sobre el sofá se plegaba aquel vestido, con tanto afán estrenado, mustio y sudoso, mostrando la realidad de los forros y las ballenas, que le proporcionan fugaz elegancia; y en el suelo, junto al lindo altarcillo de la Virgen y rodeado de flores marchitas, el *carnet* en blanco del baile de la noche anterior...

Aquella mañana no te levantaste gozosa como antes, y te parecía que en la habitación flotaban negros vapores que abrasaban tus pulmones, al respirarlos.

Y al ir, como de costumbre, á saludar á tus mayores, sentiste contra tu voluntad, algo así como repugnancia al besar á tu madre.

¡Ay, Mercedes!... En tu cuerpo, que por la edad es aún de niña, ha empezado la sociedad á abrir ese abismo misterioso é insondable, lleno de negruras y sinsabores, que hacen más tarde tan terrible é ignorado el corazón de la mujer.

PEDRO GROIZARD



EL ARTE DE LA ESGRIMA

OBRA ORIGINAL DEL PROFESOR LEÓN BROUTIN

(Continuación).



Cambiar la espada en sexta, rozar la espada andando y pase, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, con un paso atrás, parar tercera y contestar en segunda, parar tercera y á fondo en tercera, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, con un paso atrás, contra de cuarta y contestar recto, en guardia.

Cambiar la espada en sexta, con un paso atrás, contra de sexta y contestar recto, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, con un paso atrás, oposición de sexta y contra de sexta, y contestar recto, en guardia.

Cambiar la espada en sexta, con un paso atrás, oposición de cuarta y contra de cuarta, y contestar recto, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, con un paso atrás, con dos llamadas, una dos marchando, en guardia.

Cambiar la espada en sexta, una-dos marchando, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, con un paso atrás, sobre la marcha del profesor, una dos tres, en guardia.

Cambiar la espada en sexta, con un paso atrás, sobre la marcha del profesor, una-dos-tres, en guardia.

Doble cambio andando, con una llamada, repetir cuatro ó cinco veces.

Oposición de cuarta, con un paso atrás y dos llamadas, oposición de sexta, con un paso atrás y dos llamadas, repetir cuatro ó cinco veces el mismo ejercicio.

LECCIÓN CUARTA TEÓRICA

Cambiar la espada en cuarta, presión en cuarta, andando y golpe recto, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, presión en cuarta, andando y pase, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, presión en cuarta, andando, finta de pase y doblote, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, presión en cuarta, andando y una-dos-tres, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, presión en cuarta, andando, oposición de sexta y golpe recto, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, presión en cuarta, andando, oposición y contra de sexta y golpe recto, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, presión en cuarta, andando, oposición y contra de sexta y segunda, y golpe recto, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, presión en cuarta, andando, oposición y contra de sexta, segunda y prima, contestar en segunda, parar tercera y golpe recto en tercera, en guardia.

Cambiar la espada en sexta, con un paso atrás, parar segunda, y golpe recto en segunda, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, con un paso atrás, sobre la finta de golpe recto, tirar el *croisé* á fondo, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, con un paso atrás, sobre la finta de golpe recto, hacer finta de *croisé* y pase á fondo, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, con un paso atrás, sobre el *croisé* del profesor, parar con segunda y contestar en segunda, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, con un paso atrás, sobre el *croisé* del profesor, parar con segunda y llevar la espada á cuarta, y pase en sexta, en guardia.

Cambiar la espada en cuarta, parar prima y contestar con segunda, parar tercera y golpe recto en tercera, en guardia.

Cambiar la espada en sexta, parar con contra de prima y contestar en segunda, parar tercera y golpe recto en tercera, en guardia.

Cambiar la espada en sexta, parar con contra de prima y segunda, y contestar en segunda, parar tercera y golpe recto en tercera, en guardia.

El pase en sexta, en guardia.

El pase en cuarta, en guardia.

El uno-dos en cuarta, en guardia.

El uno-dos en sexta, en guardia.

El doblote en cuarta, en guardia.

El doblote en sexta, en guardia.

El doblote y pase en cuarta, en guardia.

El doblote y pase en sexta, en guardia.

El doblote y una-dos en cuarta, en guardia.

El doblote y una-dos en sexta, en guardia.

El doblote y una-dos-tres en cuarta, en guardia.

El doblote y una-dos-tres en sexta, en guardia.

La mano en tercera, con una llamada, primera posición, lección terminada.

CAPÍTULO XVI

EL MATERIAL DE LA ESPADA FRANCESA, DEL SABLE Y DEL FLORETE

La espada, el sable y el florete, deben de ser muy ligeros, bien montados y bien en mano.





Crónica del Sport



La ligereza de una espada, sable ó florete, depende de varias condiciones, la principal es saber darle su centro de gravedad.

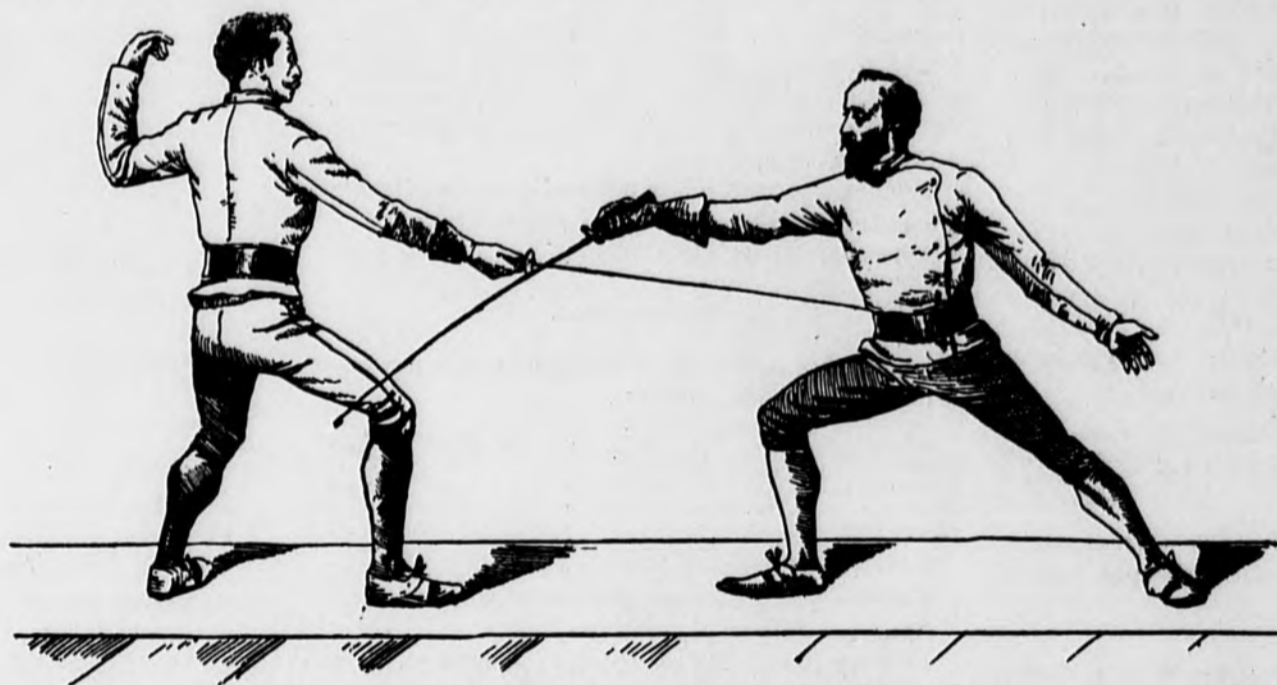
En general, las espadas, sables ó floretes, son muy pesados cuando su centro de gravedad está más adelante tres ó cuatro centímetros de la taza ó guardia, ó bien porque la empuñadura es demasiado corta y entonces cabecea.

Los profesores deben de conocer la manera de aligerar las espadas, sables y floretes; pero no suelen ocuparse mucho de eso, y en cambio las dan á montar á casa de un armero que no sabe lo que es una espada, sable y florete bien montado, que no sabe hacer más que poner cada pieza como mejor se le ocurre, lo remacha y ya está montada la espada, sable ó florete, y no es así: hay que saber tirar á las armas para conocer cuando está una arma bien montada ó mal; los profesores son los que deben de montar las espadas, sables y floretes, para sus discípulos, y además deben de saber lo que hay que hacer para aligerar dichas armas; primero, para aligerar dichas armas, *espada francesa ó florete*, no hay más que poner un pomo más pesado que pese de 60 á 80 gramos, y entonces el peso, en lugar de estar en la hoja, está en la mano, y de consiguiente, mucho más ligero que si estuviese repartido en toda la hoja, ó por mejor decir, en la punta de la espada ó florete.

El centro de gravedad de la espada francesa ó florete, debe de estar al rape de la taza ó guardia.

El peso total de una espada ligera, es de 505 á 510 gramos, el de un florete ligero de 270 á 280 gramos.

Las hojas de espadas, como las hojas de floretes del número 5, tienen 88 centímetros de largo.



Parada de cuarta baja, contestando con flanconada.

El largo de la espada francesa, sable y florete.

El largo total de la espada francesa es de.	109 centímetros.
El largo de la hoja.	88 »
El largo de la empuñadura.	15 »
El largo del pomo.	6 »

Lo mismo para los floretes, menos el pomo, que es de 4 y medio centímetros.

La hoja del sable, debe tener, de 85 á 86 centímetros de largo, por 2 de ancho. La empuñadura 16 centímetros, y el ancho de la guardia ó resguardo de la mano, 11 centímetros, el corte de la hoja debe de ser el de fábrica, y siempre podría cualquier combatiente rehusar los sables que hayan sido vaciados ó estén afilados, la punta será siempre preferida la de forma recta, ó la que se conoce *vulgarmente*, por lengua de vaca.

Las tazas ó guardias.—Las hay de varias formas y modelos, yo aconsejo nada más que dos, las más sencillas y pulidas que no tengan adornos, y que no tengan tampoco agujeritos, que se llaman (*rompe puntas*) de acero fundido, sus circunferencias varían en 11 ó 13 centímetros de diámetro, su profundidad es generalmente de 2 y medio á 3 centímetros, pues las unas sirven para el duelo, en que se quiere que no sea de mucha gravedad, y que deje la mano un poco más descubierta, y la otra todo lo contrario, es decir, que no se pueda coger la mano sin exponer el pecho ó el antebrazo, y que resulte siempre más peligroso.

Aconsejo, siempre que se monten un par de espadas, que se ponga una almohadilla dentro de la concavidad de la taza ó guardia para que no moleste al tirador y también para que no suenen, como si fueran timbres eléctricos, que eso suele siempre herir el oído y es de muy mal efecto. Lo mismo para los floretes.

Las empuñaduras.—Deben de ser finas ó regulares, según la mano del que la va á usar; á unos les gustan muy finas y á otros gruesas; deben estar revestidas de piel de pescado granulento, pero muy fina; éstas son para el terreno, porque no se suelen escurrir de la mano, y para las salas de armas usar las empuñaduras forradas de piel suave ó de cuerda fina como las de los floretes; esto tiene la

ventaja que en las salas de armas se suele trabajar mucho más que en el terreno y no irrita la mano ni hace ampolla como la piel de pescado.

La empuñadura debe de ser de madera de aya ó de fresno, pero siempre es preferible el aya.

Sus condiciones especiales son las siguientes: 15 centímetros de punta á punta; no deben de ser gruesas, deben tener un perímetro de 7 á 8 centímetros en la parte más fuerte y un poco menos en la parte inferior; una ligera curva en la parte inferior de la izquierda, redondeada la parte donde va á descansar el pomo, y que no sobresalga la empuñadura del grueso del pomo. Lo mismo para los floretes.

Los pomos.—Aconsejo un pomo sencillo en las dimensiones más ventajosas; son de acero ó de hierro fundido y pulido, el largo es de 6 centímetros y de un diámetro de 3 centímetros en la parte baja, ó sea donde va unido á la empuñadura, y de 18 á 19 milímetros la parte superior.

El largo del pomo y de la empuñadura deben ser de 21 centímetros, por 88 centímetros de hoja; para el florete, la diferencia del pomo es 1 1/2 menos.

El guante.—Para el terreno, está siempre permitido llevar el guante de calle, ó mejor dicho, el de cabritilla; así es, que en caso de duelo ó desafío conviene prepararse ó trabajar de vez en cuando con dichos guantes, aunque el que suele trabajar en las salas de armas con los de sala no encuentra novedad alguna con los de calle, sino muy al contrario, porque los guantes de sala siempre son más fuertes

y más gruesos que los de calle; pero sí aconsejo, que los guantes sean los más usados y flexibles los que se lleven al terreno, para que no oprima ni adormezca la mano.

El calzado.—Para la sala de armas no hay mejor calzado que el que está hecho á la medida y que la suela sea de la llamada de búfalo. (*Buffle*).

Para el terreno, el mejor calzado es el par de botas más usado y cómodo que se tenga, y que tenga el menos tacón posible á fin de que no le estorbe en el terreno, pues puede suceder que alguna piedra, rama ó tropiezo, pueda producir una torcedura que en tales casos suelen ser muy funestos.

LAS ARMAS DE COMBATE

Hay tres clases de armas llamadas legales, que son: la espada francesa, el sable con todo su juego y la pistola.

Toda otra arma es de recíproca conveniencia; se podrá, por ejemplo convenir, que un duelo sea á sable sin punta ó á florete, pero el ofensor tendrá siempre el derecho de rehusarlo. El sable no puede ser rehusado nunca por un militar sea cualquiera su graduación, y un paisano puede rehusarlo y admitir siempre un lance á espada francesa.

CAPITULO I.

LECCIÓN DE ESGRIMA DE SABLE

- 1.^a Manera de tener el sable.
- 2.^a Primera posición.
- 3.^a Segunda posición en guardia.
- 4.^a Extensión de brazo.
- 5.^a Del fondo.
- 6.^a Retirarse ó recogerse en guardia.
- 7.^a De la marcha, paso adelante y paso atrás. (Romper).

Manera de tener el sable.

El sable se coge, poniendo el dedo pulgar sobre el lomo de la empuñadura del sable y cerrando los demás dedos con naturalidad.

(Continuará).





CRÓNICA DEL SPORT



GIBRALTAR — JOCKEY CLUB

Resultado de las carreras de caballos celebradas los días 14 y 17 de noviembre.

Primer día.

1.ª Carrera.—Barb Plate.—Handicap.—1.100 pesetas.—Milla y media (2.414 metros).

Guiding Star.....	6 a.	11 st.	3 libras.	P. González...	1
The Doon.....	6 a.	8	12	Zamit.....	2
Newmarket.....	cer.	10	0	Mr. C. Larios...	3
Dick Turpin.....	6 a.	12	2	Recaño.....	0
The Sheikh.....	5 a.	10	6	Shakerley.....	0
Torpilleur.....	6 a.	8	7	Chipulina.....	0
Henry Clay.....	6 a.	8	5	H. Sant.....	0

Retirados, *Projector*, *Arbitrator*, *Saoud*, *Bouaouni*, *Mange Tout*, *Rock* y *Trovador*.

Tiempo, 3'16".—Ganada por un cuerpo. Tres de 2.0 á 3.0

Apuestas: dollars y chelines, 5/1.

2.ª Pony Handicap.—625 pesetas.—Tres cuartos de milla (1.207 metros).

Rock.....	6 a.	7 st.	9 libras.	M. Silva.....	1
Guetao.....	cer.	7	7	Goodman jun..	2
Ours.....	cer.	12	7	Mr. Shakerley.	3
Saoud.....	cer.	10	12	Aldorino.....	0
Blanc Mange.....	6 a.	10	5	Mr. Thynne.....	0
Tafria.....	cer.	9	3	C. Larios.....	0
Relizane II.....	6 a.	9	4	Phillips.....	0
Squash.....	5 a.	9	0	H. Sant.....	0
Success.....	cer.	9	9	J. Zamit.....	0

Retirado, *Papo*.

Tiempo, 1'32".—Ganada por un cuerpo. Dos de 2.0 á 3.0

Apuestas: dollars, 5/1; chelines, 12/1.

3.ª Jockey Club Stakes.—Handicap.—1.500 pesetas.—Una vuelta al hipódromo (1.790 metros).

Guess.....	cer.	10 st.	6 libras.	Mr. Tower.....	1
The D undy.....	cer.	7	7	Chipulina.....	2
Projector.....	cer.	11	6	Mr. Bañasco...	3
Dick Turpin.....	6 a.	11	0	Recaño.....	0

Retirados, *Sarah*, *Arbitrator*, *Plongeur* y *Bouaouni*.

Tiempo, 2'6".—Ganada por cuatro cuerpos. Uno y medio de 2.0 á 3.0

Apuestas mutuas: 4/1.

4.ª Garrison Stakes.—650 pesetas.—Milla y cuarto (2.011 metros).

Blanc Mange.....	6 a.	10 st.	8 libras.	Mr. Thynne.....	1
Fez.....	5 a.	11	5	C. Larios.....	2
Draham.....	cer.	11	10	Shakerley.....	3
Rayon d'Or.....	5 a.	11	2	Loftus.....	0

Retirados, *Quicksilver* y *Dick*.

Tiempo, 3'1".—Ganada por cuerpo y medio. Una cabeza de 2.0 á 3.0

Apuestas mutuas: 4/1.

5.ª Galloway Handicap.—750 pesetas.—Milla y media (2.414 metros).

Judy.....	y.	cer.	14 st.	12 libras.	J. González....	1
The Doon.....	6 a.	8	2		J. Zamit.....	2
Saoud.....	cer.	7	13		A. Sánchez....	3
Boukir.....	cer.	8	5		F. Sant.....	0
Mange Tout.....	cer.	7	0		Goodman jun..	0

Retirados, *Sarah*, *Flor de España*, *Blanc Mange*, *Henry Clay* y *Trovador*.

Tiempo, 3'13".—Ganada por cuerpo y medio. Mal 3.0

Apuestas: igualdad en dollars; chelines, 5/1.

6.ª Calpe Stakes.—Handicap.—675 pesetas.—Tres cuartos de milla (1.207 metros).

Guess.....	cer.	11 st.	10 libras.	Mr. Tower.....	1
Plongeur.....	6 a.	10	9	Shakerley.....	2
Twilight (ex Brutus).	cer.	7	0	Goodman jun..	3
Projector (ex Bounab-dali).	cer.	12	7	Mr. Bañasco...	0
Arbitrator.....	5 a.	12	1	L. Larios.....	0
Superior.....	cer.	7	8	Chipulina.....	0

Retirado, *Bouaouni*.

Tiempo, 1'30".—Ganada por tres cuartos de cuerpo. Dos cuerpos de 2.0 á 3.0

Apuestas: dollars y chelines 4/1.

7.ª New Stakes.—Handicap.—625 pesetas.—Cinco furlongs (1.006 metros).

The Doon.....	6 a.	13 st.	7 libras.	Mr. Shakerley.	1
Five Furlongs.....	4 a.	7	7	H. Sant.....	2
Guetao.....	cer.	7	7	Goodman jun..	3
Rayon d'Or.....	5 a.	11	7	Mr. Thynne.....	0
Relizane II.....	6 a.	9	0	Aldorino.....	0
Henry Clay.....	6 a.	8	12	F. Sant.....	0
Success.....	cer.	8	5	A. Sánchez....	0
Rock.....	6 a.	7	12	M. Silva.....	0
Quicksilver.....	cer.	7	12	J. Zamit.....	0

Retirado, *Ours*.

Tiempo, 1'19".—Ganada por medio cuerpo. Otro medio entre 2.0 y 3.0

Apuestas: dollars, 3/1; chelines, 7/1.

Segundo día.

1.ª Carrera.—Military.—Handicap.—800 pesetas.—Milla y media (2.414 metros).

The Doon.....	6 a.	9 st.	6 libras.	Mr. Pechell.....	1
Guess.....	cer.	12	7	Tower.....	2
Newmarket.....	cer.	10	4	C. Larios.....	3
Fez.....	5 a.	8	2	Chipulina.....	0
Mange Tout.....	cer.	8	0	H. Sant.....	0

Retirados, *Plongeur* y *The Sheikh*.

Tiempo, 3'11".—Ganada por cuerpo y medio. Mal 3.0

Apuestas: dollars, 5/1; chelines, 5/1.

2.ª Pony Race.—Handicap.—700 pesetas.—Una milla (1.609 metros).

Ours.....	cer.	10 st.	7 libras.	Mr. Shakerley.	1
Dick.....	6 a.	7	7	C. Larios.....	2
Vengeance.....	5 a.	14	0	Capt. Morland.	3
Boukir.....	cer.	8	7	M. Silva.....	0
Tafria.....	cer.	7	9	Chipulina.....	0

Retirados, *Saoud*, *Blanc Mange* y *Papo*.

Tiempo, 2'7".—Ganada, luchando, por tres cuartos de cuerpo.—Un cuello de 2.0 á 3.0

Apuestas: dollars, 4/1; chelines, 5/1.

3.ª Barb Stakes.—Handicap.—1.200 pesetas.—Dos millas (3.218 metros).

Relizane II.....	6 a.	8 st.	0 libras.	H. Sant.....	1
Henry Clay.....	6 a.	8	0	Goodman.....	2
The Doon.....	6 a.	9	0	Chipulina.....	3
Dick Turpin.....	6 a.	12	5	Mr. Recaño.....	0
Jereed.....	cer.	10	5	Thynne.....	0

Retirados, *Projector*, *Guiding Star*, *Arbitrator* y *Mange Tout*.

Tiempo, 4'26".—Ganada fácilmente por dos cuerpos. Otros dos de 2.0 á 3.0

Dick Turpin se salió fuera de la pista cerca del poste de llegada.

Apuestas: dollars y chelines 10/1.

4.ª Stand Stakes.—Handicap.—650 pesetas.—Seis furlongs (1.206 metros).

Quicksilver.....	cer.	7 st.	12 libras.	F. Sant.....	1
Rayon d'Or.....	6 a.	10	0	Mr. Thynne.....	2
Ours.....	cer.	12	1	Shakerley.....	3
Guetao.....	cer.	7	7	Goodman.....	0
Five Furlongs.....	4 a.	7	7	H. Sant.....	0
Rock.....	6 a.	7	7	M. Silva.....	0
Squash.....	5 a.	7	7	Chipulina.....	0
Success.....	cer.	8	2	J. Zamit.....	0

Retirados, *The Doon*, *Henry Clay* y *Trovador*.

Tiempo, 1'32".—Ganada por dos cuerpos. Medio de 2.0 á 3.0

Apuestas: dollars, 25/1; chelines, 14/1.

5.ª Oriental Plate.—Handicap.—1.100 pesetas.—Milla y cuarto (2.011 metros).

Arbitrator.....	5 a.	11 st.	0 libras.	Mr. Bañasco...	1
Plongeur.....	6 a.	9	11	C. Larios.....	2
Guiding Star.....	5 a.	11	8	J. González....	3
Projector.....	cer.	12	0	Mr. L. Larios...	0

Retirados, *Sarah*, *Bouaouni* y *Trovador*.

Tiempo, 2'53".—Ganada por tres cuerpos. Dos de 2.0 á 3.0

Apuestas: dollars, 5/1; chelines, 2/1.

6.ª Queen's Plate.—Handicap.—Una vuelta al hipódromo (1.790 metros).

Rock.....	6 a.	8 st.	5 libras.	F. Sant.....	1
Blanc Mange.....	6 a.	9	7	Mr. C. Larios...	2
The Sheikh.....	5 a.	10	4	Loftus.....	3
Ours.....	cer.	12	5	Shakerley.....	0
Torpilleur.....	6 a.	10	7	Bañasco.....	0
Saoud.....	cer.	10	0	Aldorino.....	0
Rayon d'Or.....	5 a.	9	7	Mr. Thynne.....	0

Mr. Thynne declaró ganar con *Blanc Mange*.

Retirados, *The Doon*, *Mange Tout*, *Twilight* y *Trovador*.

Tiempo, 2'7".—Ganada por cuerpo y medio escaso. Dos cuerpos de 2.0 á 3.0

Apuestas: dollars, 8/1; chelines, 10/1.

7.ª Handicap.—750 pesetas.—Una vuelta al hipódromo (1.790 metros).

The Doon.....	6 a.	8 st.	5 libras.	H. Sant.....	1
Guess.....	cer.	12	7	Mr. Tower.....	2
Plongeur.....	6 a.	10	8	C. Larios.....	3
Projector.....	cer.	12	7	Pechell.....	0
Dick Turpin.....	6 a.	11	11	Recaño.....	0
Arbitrator.....	5 a.	12	2	Bañasco.....	0
The Dandy.....	cer.	8	7	Chipulina.....	0
Superior.....	cer.	8	5	J. Zamit.....	0

Retirados, *Bouaouni* y *Mange Tout*.

Tiempo, 2'9".—Ganada en un canter por tres cuerpos; después *Guess* juntamente con *Plongeur*.

Apuestas, dollars y chelines 5/1.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK



Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez, gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos, (Etiqueta adjunta en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs. En todas las Farmacias de España.

OBRA DE OPORTUNIDAD

ALBUM DE LA GUERRA

ZALEMAS

34 LAMINAS AL CROMO

PRECIO: UNA PESETA

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

VERDADERAS PILDORAS DEL D^r BLAUD

Empleadas con el mayor éxito, hace mas de 50 años, por la mayoría de los médicos, para curar la **ANEMIA**, la **CLOROSIS** (colores pálidos) y para facilitar el desarrollo de las jóvenes. La inscripción de estas pildoras en el nuevo Codex francés, dispensa de todo elogio. **NOTA.** — Estas pildoras no se venden mas que en frascos de 200 y medios frascos de 100 al precio de 5 y 3 francos, y nunca sueltas. Exíjase sobre cada pildora el nombre del inventor como en esta marca. **DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES** PARIS: 8, Rue Payenne. — De venta en las principales Farmacias.



CARLOS DENIS

4, Rue Manuel, PARÍS

Unico agente para suscripciones y anuncios franceses

EN LA

CRÓNICA DEL SPORT

MEDALLA de ORO

Exposición Internacional

PARIS 1891

EAU CAPILLAIRE

PROGRESIVA DEL DR. BRIMMEYR LUXEMBURGO

para la recoloración del CABELLO GRIS garantizada en 3 aplicaciones. Inofensiva, perfume exquisito, no mancha ni la piel ni la ropa. SE VENDE EN LAS PRINCIPALES PERFUMERIAS Y DROGUERIAS.



ASMA Y CATARRO.

Curados por los CIGARILLOS de POLVO ESPIC, 2 fr. la Caja. Opresiones, Tos, Constipados, Reumas, Neuralgias. Venta por Mayor: PARIS, J. ESPIC, rue Saint-Lazare, 20. MEDALLA DE ORO — FUERA DE CONCURSO. Exigir esta firma sobre cada cigarrillo. Depósito en todas las Droguerías y Farmacias de España.



VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto

por Ch. Fay, perfumista 9, Rue de la Paix, PARIS